

La Ilustración Artística

AÑO XXXIII

BARCELONA 11 DE MAYO DE 1914

NÚM. 1.689

OBRAS NOTABLES DE LA ESCULTURA CONTEMPORÁNEA



VICTOR HUGO, estatua en granito modelada por Juan Boucher y que ha de inaugurarse en el próximo julio en el Parque de Candía, de Saint-Pierre-Port (Guernesey). (De fotografía de J. Roseman, remitida por Carlos Trampus.)

SUMARIO

Texto. - De Barcelona. *Crónicas fugaces*, por M. S. Oliver. - *Amor perjuro*, por José Pérez Hervás. - Barcelona. *Salón París. Cuadros de Hermoso. Esculturas de Pólvora. - Las inmediaciones del río Kert. Tipos y costumbres morunos. - París. La fiesta de la Primavera. La fiesta del Jardín de Jenny. - Juegos Florales. - M. Paul Revoil. - Incidente a propósito de un busto del emperador de Alemania. - Baile blanco (novela ilustrada; continuación). - Berlín. El Real Instituto «Roberto Koch» para enfermedades infecciosas. - Madrid. La fiesta del Sainete.*

Grabados. - Víctor Hugo, estatua en granito modelada por Juan Boucher. - Dibujo de Carlos Vázquez, ilustración al cuento *Amor perjuro*. - *Las hijas de Virión; El santero; De la fuente; La mesa de peltorio*, cuadros de Eugenio Hermoso. - *Retrato de J. Arana*, busto de F. Pólvora. - *Las inmediaciones del río Kert. Tipos y costumbres morunos* (lámina). - *Las fiestas de la Primavera y del Jardín de Jenny en París. - La hora de los croquis en la «Grand Chaumière»*, dibujo de Narciso Martí y Cabot. - *La ciega*, cuadro de Sir J. E. Millais. - *Elena Maragall y Noble. - Paul Revoil. - Monseñor Julio Carsalade du Pont. - Evelino Marta Doria. - Max Repner. - Berlín. El Real Instituto «Roberto Koch». - Madrid. La fiesta del Sainete.*

DE BARCELONA. - CRÓNICAS FUGACES

El tiempo vuela. Los Juegos Florales otra vez, como antaño, como el otro, y presididos ahora por un ilustre prelado extranjero, catalán por adopción o parentesco espiritual: Monseñor Carsalade du Pont, obispo de Perpiñán. He aquí un caso digno de ser conocido. El de un hombre que por alto deber de su ministerio, por espíritu de caridad evangélica se conaturaliza con sus diocesanos y entiende que nada de su diócesis, ni costumbres ni historia ni lenguaje, puede serle indiferente y extraño. ¡Doctrina verdaderamente ejemplar y cristiana, mediante la cual se llega al alma de los pueblos y se sienten éstos comprendidos y cordialmente regentados por las potestades de la tierra!

Véase con qué emoción explicó el venerable obispo esta crisis de su alma, en el discurso presidencial de los Juegos Florales: «Encontréme un día, pronto hará de ello quince años, por gracia especial de Dios, de gascón que era ayer, catalán de hoy. ¿Qué había pasado? Un hecho extraordinario, sobrenatural, cuyo recuerdo hace subir de mi corazón a mis labios cánticos de gratitud y alabanza. Dios se había dignado escogerme y encomendarme el cultivo espiritual de un pedazo de Cataluña; Él me convirtió en obispo de la antigua e ilustre diócesis de Elna. El día de mi consagración, cuando prosternado sobre el pavimento de la Catedral metropolitana de Aux, recibí la unción episcopal, a medida que los ritos sagrados se cumplían y que la gracia divina me invadía y penetraba y revestía del carácter de mi ministerio, sentía que una transformación extraña se operaba en mí, que recibía un crisma particular a modo de un nuevo bautismo, y que, con ese crisma, una nueva sangre se ingería en mis venas; y un nuevo gusto y un nuevo espíritu se apoderaban de mi inteligencia. Cuando me alcé de los pies del arzobispo consagrante, era yo un obispo catalán. Cierta amor desconocido la vispera hacía palpitar mi corazón y cuando mis manos, húmedas todavía del santo óleo, se extendieron para bendecir a los catalanes, sacerdotes y seglares, venidos para asistir a la consagración, sentí que desde aquel momento tenía una nueva patria: acababa de convertirme en catalán por la gracia de Dios.»

He querido traducir este fragmento porque figurará, andando los años, entre las grandes piezas y testimonios atesorados en la ya larga y copiosa serie de nuestra más característica institución. Así como el famoso discurso de Menéndez y Pelayo en 1888 representó de consagración o reconocimiento de la alta crítica para la literatura catalana, esa oración de Monseñor Carsalade perpetuará la doctrina de la Iglesia y un cierto y especial sentido franciscano que descubre en todas las cosas el origen celestial y las maravillas de la creación, abrazándolas, por lo tanto, con abrazo amoroso. La hermosa confidencia del prelado de Perpiñán viene a incluir el sentimiento de patria y la lícitud e intangibilidad de los idiomas en la más alta categoría. Son elementos sagrados, de derecho divino como la majestad y el poder, indestructibles y vedados a la abolición so pena de sacrilegio. Y yo no recuerdo que se haya dicho nada más elocuente y conmovedor, en medio de su sencillez, acerca del idioma catalán y de la causa en él contenida, que esas palabras unidas y perfumadas con la más pura misión evangélica.

* *

Por lo demás este año, como en los anteriores, se ha reproducido, poco o mucho, la vieja polémica acerca del valor de los Juegos Florales, de su deca-

dencia, de su anacronismo. Muchos de los argumentos que, en pro o en contra, se aducen, sonaron ya a raíz de su fundación en 1859 y se ha vuelto a repetir ahora que conviene dedicarles unos funerales espléndidos.

Creo que quienes tal dicen no juzgan más que un aspecto de la institución: el intrínsecamente literario, no tomando en cuenta la parte sentimental, educativa y de relación entre el pueblo y la poesía que en Cataluña han representado siempre. Antes de acordar esos funerales espléndidos conviene examinar si los Juegos Florales de Barcelona, en el aspecto indicado, pertenecen aún al mundo de las cosas vivas o si se ha secado para siempre el manantial de los sentimientos populares que los nutrió un día. Porque no es lícito aplicar un criterio de absoluta intransigencia estética a lo que constituye, según mi modesto parecer, una institución mixta, encargada de poner en contacto la poesía y las multitudes, en forma tal que ni el periódico ni el libro conseguirán nunca. Y es allí, al mismo salón de la fiesta, donde debe irse a buscar y establecer su fe de vida y ver si responde a íntimos apetitos espirituales y si sus raíces han llegado o no al fondo del alma de los humildes y sencillos, hasta el punto de que arrancarlas de cepellón no dejase por largo tiempo el vacío y la comezón dolorosa que suele acompañar a las mutilaciones innecesarias.

* *

Creo yo que el instinto vital de los pueblos y su aptitud para un progreso sólido se gradúa, no tanto por el ímpetu y veleidad con que sabe romper cadenas y obstáculos como por el sentido de fidelidad y perseverancia con que conserve los instrumentos de defensa y liberación que la historia o las costumbres o las iniciativas han ido poniendo en sus manos. Lanzarlas a medio camino so pretexto de encontrarlas unas veces inconsistentes y otras demasiado pesadas, es achaque de niños que vacilan de continuo acerca de qué juguete dejarán o tomarán. Y no es, ciertamente, esta institución de los Juegos Florales cosa tan muerta y sin savia, ni en el aspecto social ni aun en el estético puro, que, antes de extenderle su papeleta de defunción, no merezca algún examen para definir si «han vivido su tiempo», o si pertenecen todavía a la parte intangible de nuestro patrimonio de cultura.

Espante enhorabuena el nombre de Tradición a los pueblos acostumbrados a ver en esa palabra la persistencia de los viejos despotismos, de las servidumbres afrentosas; pero que la reverencien y proclamen aquellos otros que pueden ofrecerla como una persistencia de libertad, como un proceso ininterrumpido de renovación salvadora, como una continuación de luchas y sacrificios, siempre de cara a un mañana de mejoramiento y de victoria. A tal especie de tradición entiendo yo que pertenecen nuestros Juegos Florales, los de la capital; y aunque deba considerarse o infantil o anacrónica una parte de su ritualidad, siempre encontraríamos la esencia de ellos incorporada a la de todo el Renacimiento y fortificada, y admitida, y consagrada, por estos *referendums* sin apelación que todos los años vienen a proclamarla consubstancial con la causa de Cataluña.

Por esto mismo, por reconocer completamente nacionalizado este género de solemnidades, se ha de admitir una profunda diferencia entre ellas y otras instituciones de carácter académico u otras asambleas de literatos que no llegan a la entraña viva del pueblo. Tenían razón los primeros impugnadores de los Juegos Florales cuando, por boca de D. Francisco de Paula Canalejas, por ejemplo, decían, hace cuarenta años, que no podía existir literatura sin un sentido nacional vivo y presente y que no bastaba para nutrir una simple contemplación arqueológica. Pero si acertaban en este punto, se equivocaron de medio a medio en cuanto al hecho de Cataluña, donde esa contemplación arqueológica se resolvió en sentimiento actual y afirmativo, donde el diletantismo de los primeros floralistas y filólogos se combinó, casi en seguida, con un sentimiento nacional inconfundible. Esto explica que habiendo sido Jazmín en Gascuña y Mistral en Provenza genios individualmente gloriosos y no superados aún, no hayan conseguido arraigar allí una literatura propiamente dicha y que con personalidades e inspiraciones no tan portentosas esta literatura haya arraigado en Cataluña en forma de hecho nacional y colectivo.

* *

De esta transformación o incendio de los espíritus, fueron la primera antorcha los Juegos Florales.

Y puede afirmarse que en su historia seguiríamos paso a paso el latido o ritmo de nuestra vida espiritual, porque contra lo que es moda o tópico sostener, ni se han estancado nunca ni han dejado de mantener, un solo momento, comunicación indefectible y total con el ambiente literario de Cataluña.

Así, las objeciones de carácter literario que suelen dirigirse a los Juegos Florales como fautores de un gusto especial, ahora más o menos ridículo, si se examinan sutilmente resultan genéricas y aplicables a toda una época del gusto, a toda una modalidad sentimental. El mismo nivel aproximado se observa en la poesía premiada o provocada por los certámenes y en la que contemporáneamente se produce o publica fuera de ellos. Se habla también de injusticias y postergaciones. Ellas son inevitables, pero no las cometen mayores los jurados que la crítica libre y que los mismos lectores. Además, esas postergaciones e injusticias fueron casi siempre poco duraderas, completamente eventuales y no pasó mucho más de un año sin que se les pusiera remedio.

Porque yo no sé de ningún nombre prestigioso, no sé de ninguna escuela, no sé de ningún procedimiento poético ni aun de ninguna extravagancia que no haya encontrado acogida en los Juegos Florales y que no figuren en su colección; de modo que, en verdad, no puede afirmarse que secuestreu y enjaulen la fantasía como la secuestran alguna vez las Academias de patrón galicano. Lo que da de sí la literatura libre en cada período, esto mismo encontramos en la institución; y es tomar el efecto por la causa el creer que determinadas odas o romances que, despectivamente suelen calificarse de *floralismo* hayan sido engendradas por él, cuando más bien fué el floralismo quien recibió el tono de unos y otras.

Esta constante comunicación con el ambiente, esta inalterada correspondencia entre los certámenes poéticos y el estado general del gusto, constituye a los Juegos Florales y sus cincuenta y pico de volúmenes en un verdadero índice histórico de la poesía y la prosa en Cataluña, con plena, adecuada y proporcional representación. Serán esas inspiraciones más o menos elevadas, más o menos puras; serán las flores que allí se encuentren más o menos soberbias, pero no cabe decir que sean distintas ni superiores ni inferiores a las demás que perfuman los vergeles de la patria. Ellas son, no como las han hecho los Juegos Florales, sino como las han determinado aquí la corriente general del gusto y la sensibilidad estética de los espíritus, siempre respetadas y seguidas por una institución que tiene el privilegio de pagar las culpas propias y las ajenas.

* *

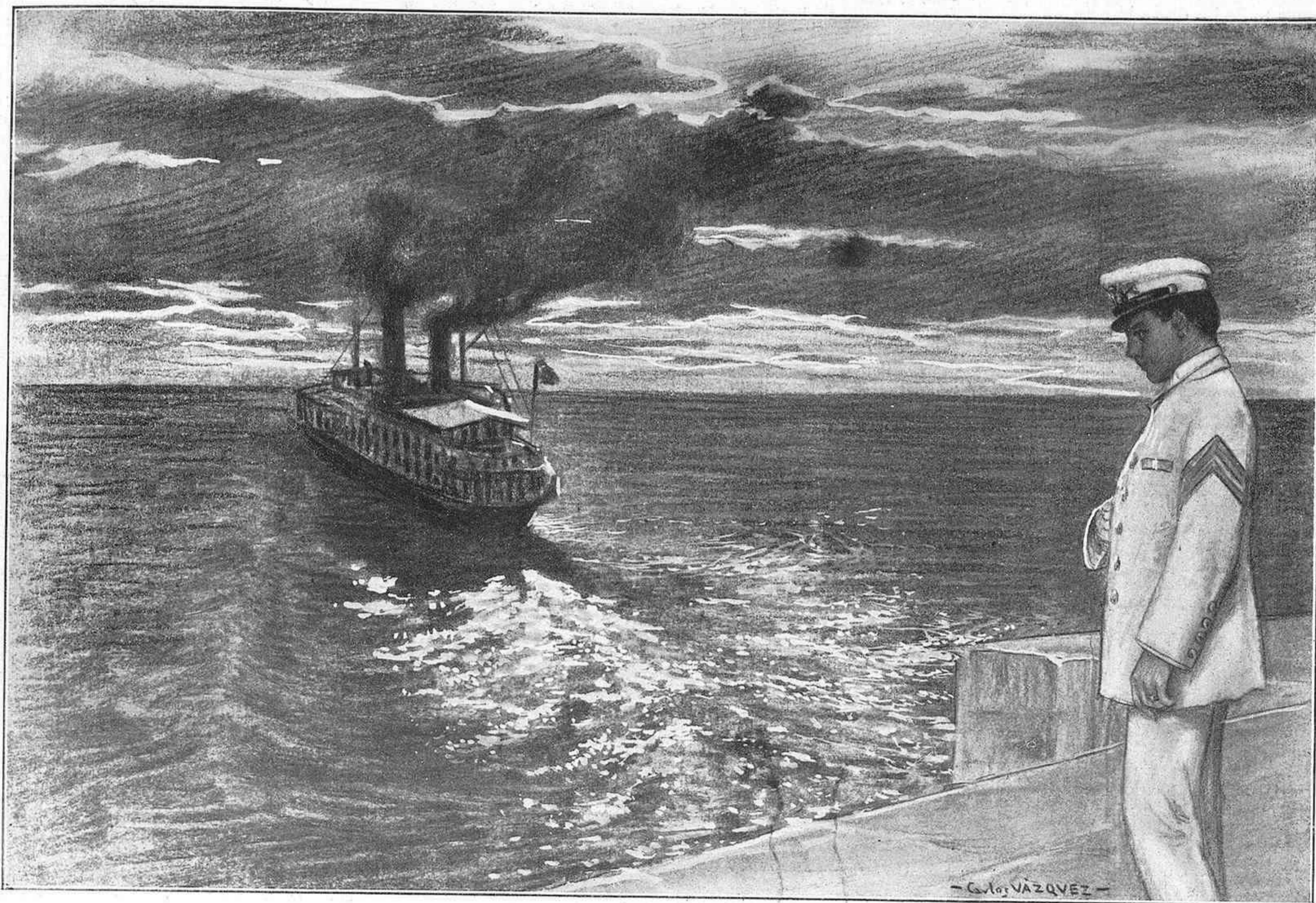
Y he aquí cómo yo, que jamás he mandado una composición a los Juegos Florales ni aspirado a uno de sus premios, he debido convertirme, ahora y otras veces antes de ahora, en su defensor y apologista. Esta vindicación me ha consumido más espacio de lo que deseaba y me será forzoso pasar en silencio una porción de extremos: las poesías premiadas; la reina de la fiesta, hija del insigne Maragall; el recuerdo a Mistral, muerto durante el mes último; el aspecto especial de la solemnidad desde que se celebra en el «Palau de la Música Catalana».

Digamos, para terminar, que un pueblo que no tiene apego a sus instituciones antiguas es un pueblo sin carácter. *Insistere vestigiis*, he aquí la fórmula de un progreso verdaderamente útil, permanente y orgánico. Si no se sabe renovar, adaptar y rejuvenecer lo existente menos se sabrá producir lo nuevo de raíz y sin preparación. Sobre todo se trata de una institución abierta, movable, en la cual las personas y por lo tanto las ideas y los gustos se renuevan anualmente y están en continua circulación. Nada menos estancado, menos propicio al estancamiento que la forma electiva del consistorio. Todos los matices del pensamiento, todas las creencias, todos los credos estéticos, políticos y sociales, todas las utopías y aun todas las mamarrachadas que a título de novedad y última palpitación usurpan alguna vez el derecho de alternativa, han pasado por nuestros Juegos y han dado margen a rectificar lo anterior, a deshacer entuertos y a rehabilitar el mérito desconocido o postergado.

¿De qué Academia o Instituto se puede decir lo mismo? Aquí las injusticias duran, a lo sumo, uno o dos años. No hay memoria de una obstinación que haya triunfado contra nada ni contra nadie. Llegaron todos los que quisieron y el retraso fué siempre muy leve comparado con el que suele experimentarse a las puertas de las más ilustres Academias de Europa.

MIGUEL S. OLIVER.

AMOR PERJURO, POR JOSÉ PÉREZ HERVÁS, dibujo de Carlos Vázquez



... mientras el barco se alejaba, vi a Clíssold inmóvil en el malecón

I

James Clíssold fué la primera amistad que contraí en Labúan, en esa islilla pintoresca a la par que mortífera, que se alza en el mar junto a la gran Borneo, a la manera que una falúa se mece junto a un poderoso transatlántico. Era teniente de la compañía bengalí que el gobierno del *Strait* mantenía en la capital.

Desde el primer momento habíamos congeniado, a pesar de nuestra diversa nacionalidad. Estaba reciente la ruina del poder colonial de España, y mientras en cuantos extranjeros traté por aquel entonces sólo hallé menosprecio para nosotros, Clíssold no tuvo para las desdichas de mi patria sino acentos de conmiseración y piedad sincera. Y de esto nació nuestra intimidad. Me era muy simpático; conversaba conmigo de sus cosas más menudas actuales; pero siempre advertía yo en él algo de tristeza, como si su corazón estuviese roído por secreta pena.

A fuerza de insinuaciones, y al afianzarse nuestra amistad, me abrió su corazón.

— Quieres saber, me dijo, la causa de mi pesar continuo, y te voy a complacer. Es una historia sencilla, vulgarota, común en demasía: amé a una mujer, ¿qué digo amé?, amo todavía a una mujer y no sé si me ama todavía; creo que no y temo convenirme de ello. ¡Madge Élgod! ¿Has oído su nombre? Hace seis años que la conocí, recién salido yo de Stónyhurst.

»Vivía en su quinta Bórcel-house, cerca de Mánor, en el Atlántico. Yo fui a casa de una tía mía en Éborsham, y como mi tía era conocida de sus padres, pronto nos conocimos y nos amamos.

»Yo no creo engañarme respecto de mi amor; al principio fué simpatía, después fuego. El de ella empezó por ser volcán. Nos juramos eterno amor una y mil veces, y cuando yo partí para incorporarme a mi regimiento en Mánchester, nos acercamos una tarde a la iglesia y ante la Cruz juramos de nuevo pertenecernos el uno al otro.

»Nuestras cartas eran miel. Cuando yo recibía las tuyas me parecía tenerla a mi lado, oyéndola renovar su juramento.

»Un día recibí un sobre que no era de su letra. Era de su padre. Se habían enterado de nuestros amores y me decía: «Son ustedes muy jóvenes. Usted tiene veinte años y Madge no ha cumplido dieciséis. Además, para Madge tengo una dote de cinco mil libras, y quien sea su esposo ha de traer por lo menos una cantidad igual.»

»Lo que sufrí no puedes imaginártelo. Aquel mismo día leí en el Boletín de Guerra las condiciones del servicio en el gobierno del *Strait*. Los oficiales reciben cinco mil libras en tres veces, por un enganche de diez años. Lo pensé y lo ejecuté.

»Allí estaré diez años; tendré entonces treinta, me dije, y Madge veintiséis, y yo cinco mil libras.

»Pensado y ejecutado. No me fué difícil obtener la plaza, porque lo criminal del clima retrae. Y aquí llevo ya cuatro años.

»Los días primeros Madge me escribió; ahora no... ¿Qué ha pasado? He escrito a mi tía, pero me ha contestado su procurador diciéndome que la pobre señora ha muerto. He escrito al pastor de Éborsham y me ha contestado que Bórcel-house está deshabitada y que nadie sabe el paradero de los Élgod. Esto es horrible... Créeme que si pudiera romper mi contrato lo haría.

»Al demonio tiempo servido y prima perdida, con tal de encontrar a Madge, con tal de oír de ella que me ama aún, que es fiel a su juramento.»

Y Clíssold terminó con un suspiro la narración de su sencilla historia.

II

Tres años más permanecí en los mares de Brunei y cuantas veces tocaba nuestro barco en Labúan mi primera visita era para Clíssold.

Éste cada vez mostrábase más triste. No sabía de su amada cosa alguna. Había escrito a cuantas personas podían darle alguna noticia, pero siempre con resultado negativo.

Cuantos ingleses venían de la metrópoli eran al punto visitados por Clíssold, que les hacía mil preguntas sobre Bórcel-house y Éborsham, nombres que tal vez nunca habían oído aquéllos. Por fin todo

el mundo llegó a creer que el teniente de los bengalíes padecía una chifladura, y en aquel país donde pocos europeos se escapan de contraer alguna, las preguntas de James sobre Bórcel, Éborsham y los Élgod se tuvieron por una de tantas manías.

Clíssold no había referido más que a mí la causa de su tristeza; por tanto yo, que entendía bien su ansiedad, no reputaba por manía sus preguntas; pero sí consideraba peligrosa para su salud aquella excitación.

Cuando dejé el puesto de sobrecargo de la *British North Borneo Company*, de camino para Singapur, desembarqué en Labúan para despedirme de Clíssold.

— ¿Quieres algo para Londres?, le dije.
— Cómo, ¿vas a Inglaterra?
— Sí, he dejado la vida de mar.
— ¿Pero estarás tiempo en Inglaterra?
— Creo que sí; he firmado un contrato con la casa editorial «Burns & Oates» por tres años.

— El tiempo que me queda de pudrirme aquí.
— Espero que nos veremos.
— Ojalá. Entretanto, si puedes...
— ¿Que investigue el paradero de los Élgod?
— Te lo agradecería en el alma.
— Pierde cuidado. Debajo de tierra habrían de estar y los encontraría.

— ¿Y me lo escribirás en seguida?
— Sí; mira, si no te escribo es que no los encuentro, pero que tampoco pierdo la esperanza...
— No, eso no me conviene... Escíbeme, tendré un consuelo con tus cartas.

— Y yo con las tuyas, sobre todo si me dices que llevas tu dolor con magnanimidad.

— Dame un abrazo.
— Adiós.

Y desde la borda, mientras el barco se alejaba, vi a Clíssold inmóvil y pensativo en el malecón, hasta que el buque salió del puerto.

III

Durante tres años no supe cosa alguna de los Élgod, y eso que los buscaba de veras para complacer

a mi desventurado amigo. Ya había perdido toda esperanza de hallar vestigio de ellos, cuando una mañana al tomar el coche de Roehampton, que me llevaba todos los días a la estación de Pútney, oí el siguiente diálogo entre dos señoras:

- ¿De modo que Miss Élgod va a ser por fin feliz?
- Así lo esperamos.
- Ya era hora. ¡Diez años de sufrimiento!
- ¡Pobre!
- ¿Vendrá usted?
- Sí, pero me apuntaré las señas porque como no las había visto desde que salieron ustedes de Orchard Street...
- Chiswick, 74.
- Está bien.

Estábamos en Pútney, la hora del tren urgía; bajé del coche. Aquellas señoras subieron en el autobús de Trafalgar Square.

Esperé la hora de salida de la oficina con ansia infinita. Estaba cierto que aquella Miss Élgod era la prometida de Clissold, pero deseaba confirmarme más en ello.

A las cuatro de la tarde, al ir a salir de la oficina, me entregaron un telegrama de Dóuver: Era de Clissold y decía:

«Mañana, a las ocho de la mañana, llegaré a la estación de Charing-Cross. Te abrazo. James Clissold.»

Mostré el telegrama al Sr. Burns y me dió autorización para no acudir a la oficina al día siguiente.

Luego tomé el *tube* y me detuve en Chiswick-End. Busqué la *Chiswick*

Avenue y me detuve anhelante junto al número 74. En aquel momento la puerta del jardín se abría para dejar paso a un viejo criado.

- Buen hombre, dispense, le dije. ¿Viven aquí Miss Élgod, Madge Élgod, los Élgod de Bórcel-House de Mánor?

- Sí, señor, los mismos, me respondió asombrado el anciano.

Y yo, fuera de mí ante tan inesperado descubrimiento, pensando sólo en la dicha de mi amigo, viré en redondo, dejando más asombrado todavía al criado.

IV

A las siete me personé en la estación de Charing Cross, y antes del expreso de Dóuver vi entrar veintidós convoyes de pasajeros.

Londres, el gran ogro, no se cansaba de engullir humanos. Los rostros de los viajeros me parecían horrendamente tristes en comparación de lo alegre que por fuerza había de mostrarse el de Clissold cuando yo le diese la fausta nueva.

Oyóse un silbido estridente. Entró en la estación el expreso, rápido como una centella, y paróse automáticamente junto al vasto andén. Los *porters* se acercaron a los coches, por las ventanillas alargaban sus maletas los pasajeros, y el tren quedó desalojado como por encanto.

Entre un grupo abigarrado vi flotar el blanco sacacof del capitán Clissold. Poco después su uniforme caquí estaba a mi lado. Nos estrechamos en fuerte abrazo.

- Albricias, querido Clissold, díjeme ya en el auto del Hotel de Asia. Ya sé qué es de los Élgod. Los he encontrado.

- ¿De veras?

- Sí, y creo saben y esperan tu venida, porque ayer mismo oí que Madge va a ser por fin feliz después de diez años de sufrimiento...

- ¡Amor mío!, suspiró Clissold.

La noticia le había impresionado hondamente. Guardó un instante de silencio y luego dijo:

- Dejaremos mi equipaje en el hotel y me llevarás en seguida a donde estén. ¿Es lejos?

- No, en Chiswick, *Chiswick Avenue*, 74.

Dejamos el equipaje en el hotel, y sin cambiar Clissold de traje, tomamos un taxi y dimos al chofer as señas de los Élgod.

No nos hablamos apenas. Pienso que mi pobre amigo temblaba de gozo y esperanza ante la idea de conquistar el fruto de su largo sacrificio; pero yo sentí de pronto cierta pesadez de corazón.

No sé quién me decía dentro de mí mismo que

De pronto la puerta de la iglesia que daba a la plaza apareció llena de figuras blancas; jóvenes vaporosas, recamadas de flores, con sendos ramos de azahar. Salieron a la escalinata, y en el fondo de la iglesia se vió elegante pareja de desposados. Él un *gentleman* perfecto. Ella una *lady* ideal.

De todos los ángulos de la plaza surgió un murmullo de admiración y después un víctor entusiasta.

- ¡Viva Mr. Prénell!
¡Viva Madge Elgod!

Y las voces de los vivas me sonaron a canto funeral; porque Clissold, que había resistido el clima mortífero de Labúan, moría entre mis brazos víctima de un amor perjuro.

BARCELONA

SALÓN PARÉS

CUADROS DE HERMOSO ESCUULTURAS DE PÓLVORA

En la Exposición General de Bellas Artes celebrada en Madrid el año 1906 produjeron verdadera admiración en cuantos la visitaron unos cuadros de un pintor poco menos que desconocido del público y que por vez primera acudía al certamen racional. A la admiración del público no tardaron en juntarse los elogios de la crítica, y el artista hasta entonces ignorado se conquistó un puesto envidiable entre los pintores españoles contemporáneos.

Eugenio Hermoso, que así se llamaba el pintor

novel, era entonces casi un niño, pues no contaba sino veintidós años y a pesar de ello aparecía en el mundo del arte con personalidad propia y con un dominio tan grande de la técnica, que sus cuadros, especialmente el titulado *La Juma, la Rifa y sus amigas*, fueron considerados entre los más bellos que figuraban en aquella exposición.

Al año siguiente, el mencionado cuadro figuró en la Exposición Internacional de Bellas Artes de esta ciudad y el público y la crítica barceloneses confirmaron el fallo de la opinión matritense.

Hermoso no se durmió sobre sus laureles; los aplausos y las alabanzas no malograron su talento ni su actividad, como lo demuestra el hecho de que a aquel primer triunfo han sucedido otros muchos y no interrumpidos en públicos certámenes nacionales y extranjeros.

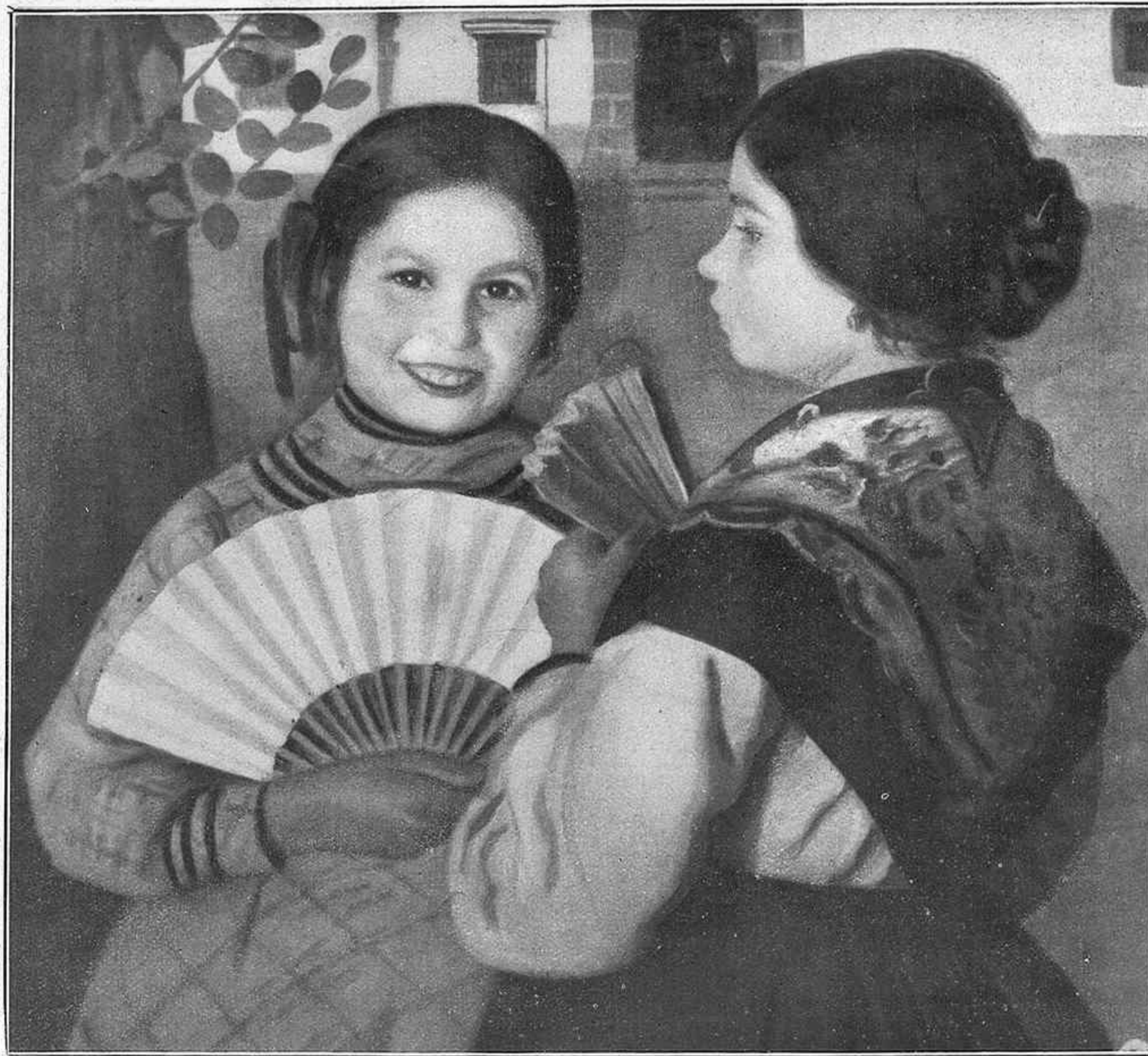
Pruébalo también la notabilísima exhibición que ha hecho recientemente en el Salón Parés de algunas de sus obras, varias de las cuales reproducimos en ésta y en la siguiente página.

La pintura de Hermoso es castizamente española y en alto grado personal; el artista no se ha dejado alucinar ni influir por las tendencias extranjeras ni por las extravagancias de modas efímeras. Encerrado en su pueblo de Fregenal de la Sierra, nos ofrece los paisajes, las costumbres y los tipos de aquella región tal como ellos son y como él los siente, imprimiendo en sus cuadros un cariño y una sinceridad que producen en quien los contempla una sensación de verdadero deleite.

Sus lienzos son trasunto fiel de la realidad embellecida, pero nunca deformada, por un temperamento poético; son trozos arrancados de la naturaleza por quien la siente con intensidad muy honda y con un amor sin límites. Y en cuanto a la técnica, son sencillamente admirables por su factura vigorosa, honrada, exenta en absoluto de artificios y de efectos deslumbradores.

La exposición Hermoso ha sido un gran éxito para este notabilísimo pintor.

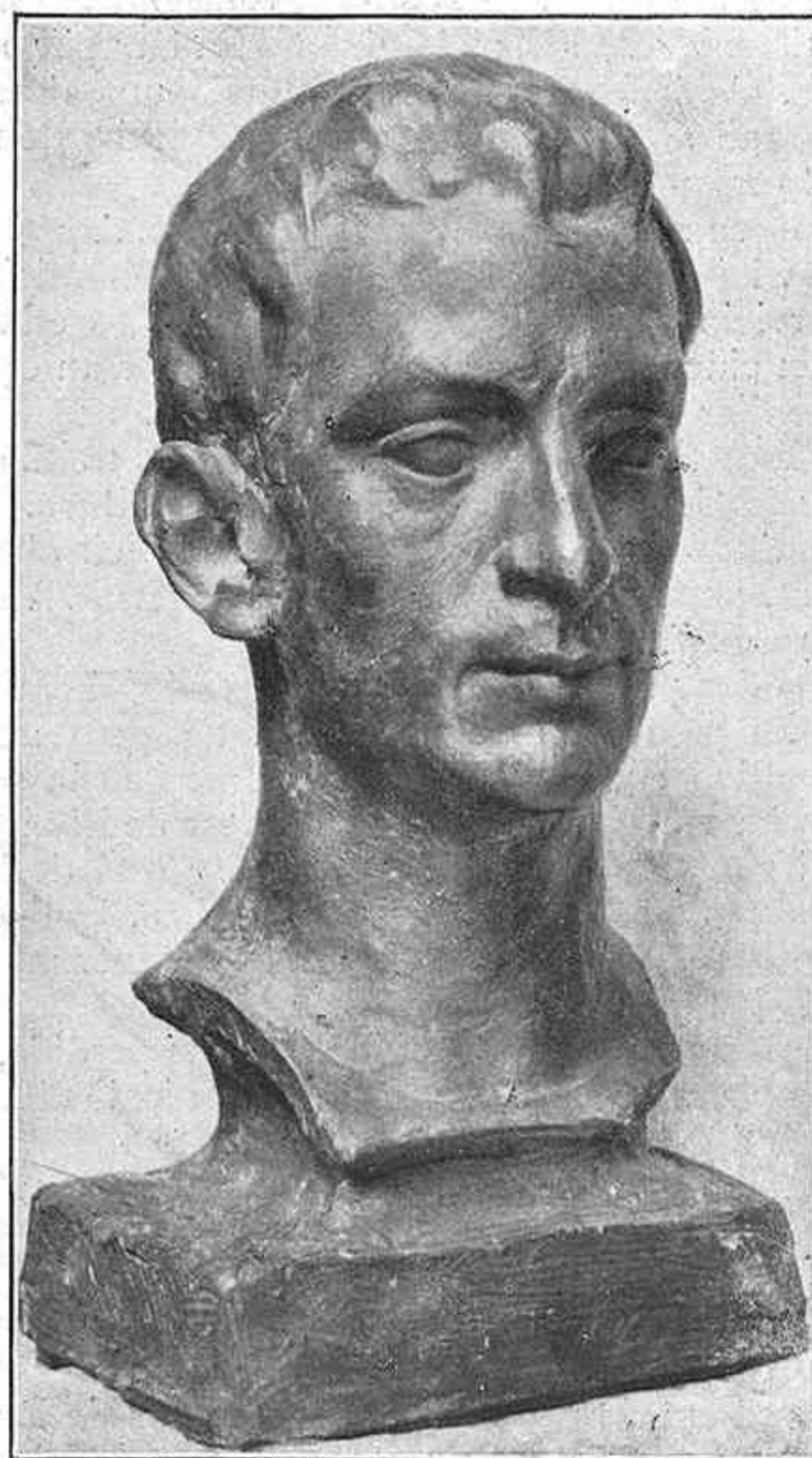
En el propio Salón Parés ha expuesto algunas obras el joven escultor Sr. Pólvora, en quien se advierten disposiciones no comunes para el cultivo del arte plástico, aun cuando no se revela todavía de un modo definitivo su personalidad; es un artista que aun vacila, pero que tiene aptitudes para llegar a la meta. - T.



Barcelona. Salón Parés. - Las hijas de Virín, cuadro de Eugenio Hermoso. (Fotografía de F. Serra.)

había sido un imprudente en no haber investigado más. ¿No iba a exponer tal vez a mi amigo a un choque demasiado violento?

Desembocamos en la plaza de Chiswick, atestada de público y de vehículos. Percibíase un rumor con-



Barcelona. Salón Parés. - Retrato de J. Arana, busto en barro de F. Pólvora. (Fotografía de F. Serra.)

fuso, como el alegre zumbido del viento en las mieses maduras.

Hubimos de atender al tumulto. ¿Qué sería? El chofer apenas si podía abrirse paso poco a poco entre el gentío.



EL SANTERO

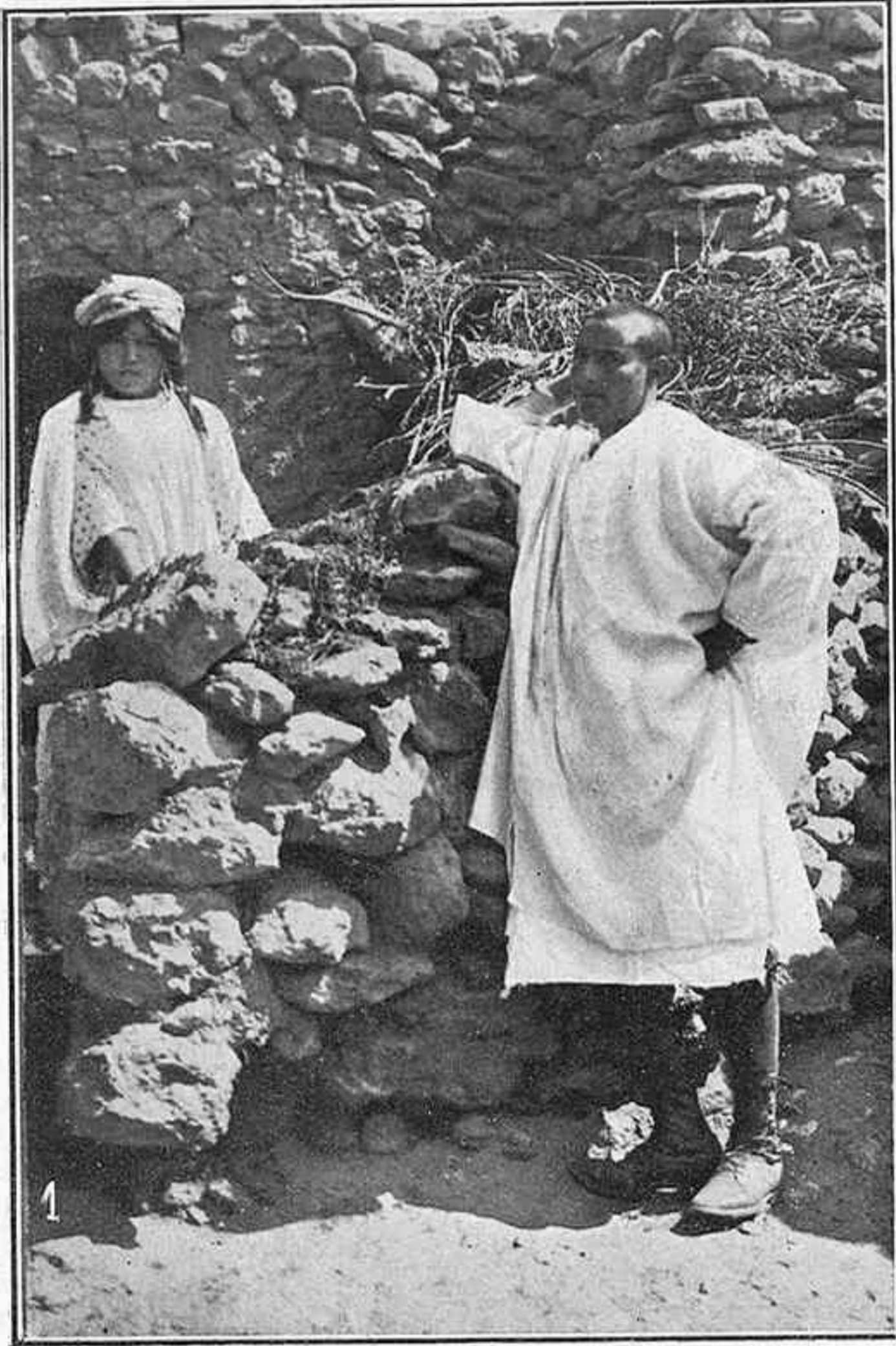


DE LA FUENTE

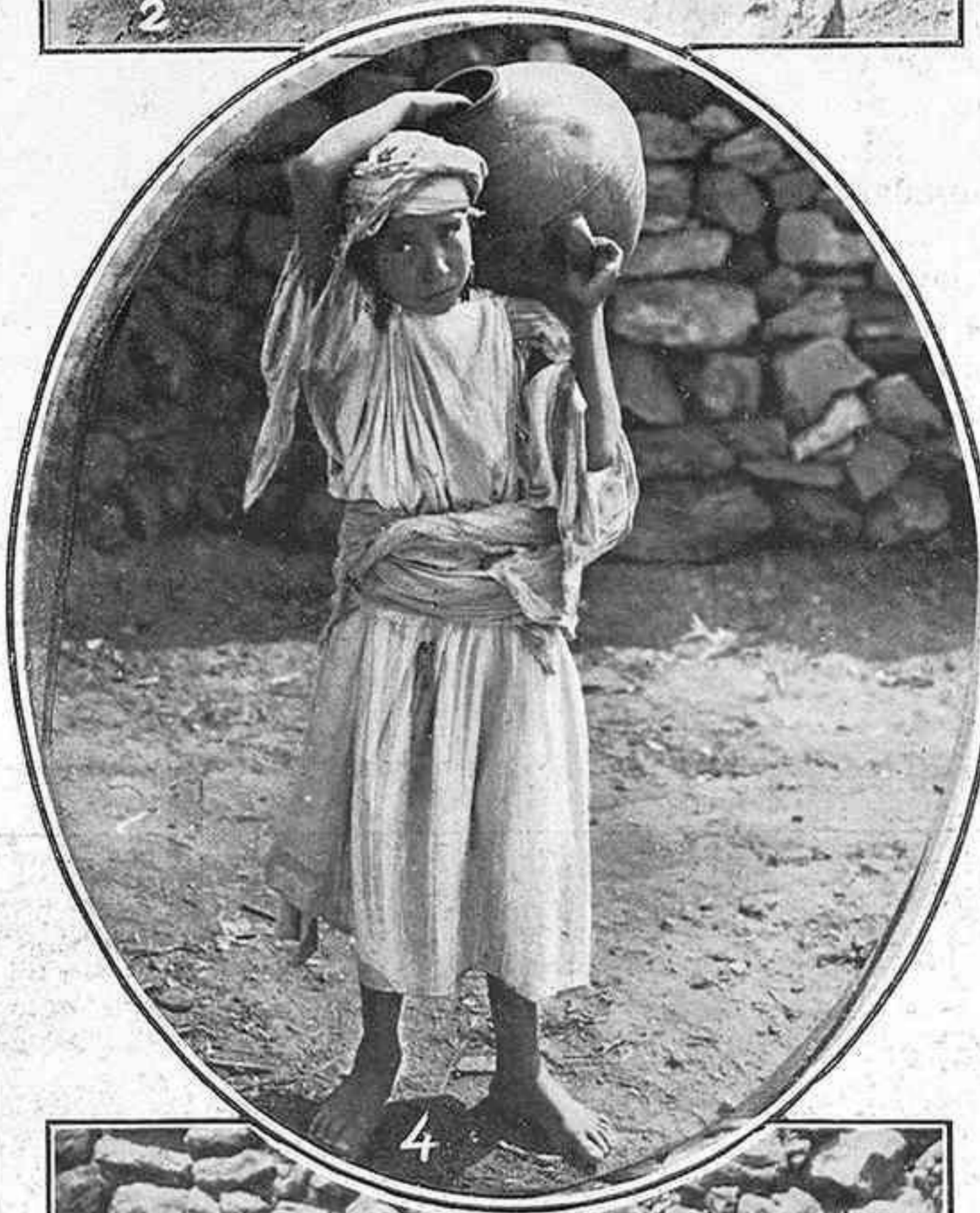
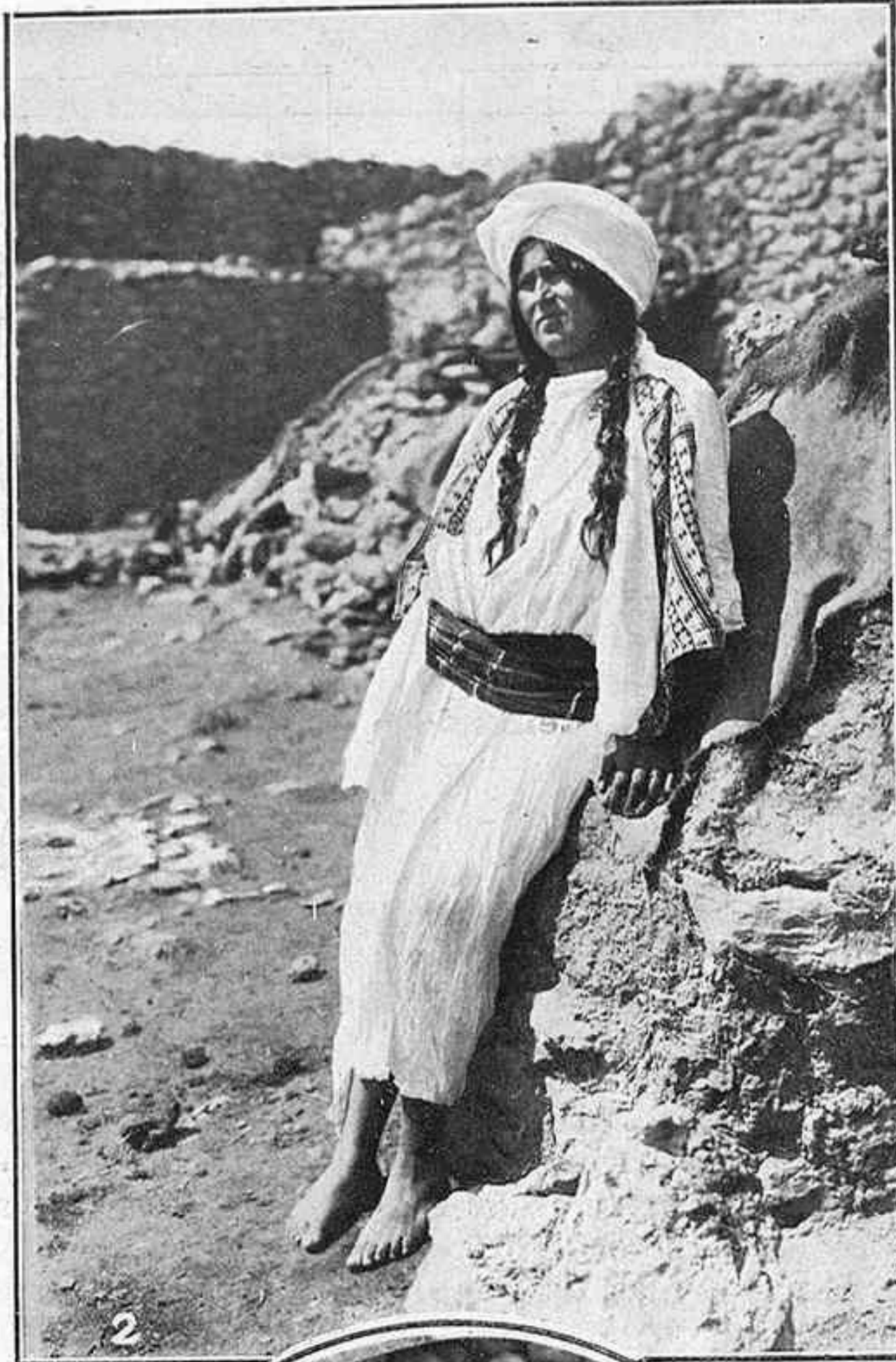


LA MESA DE PETTORIO. (Fotografías de F. Serra.)

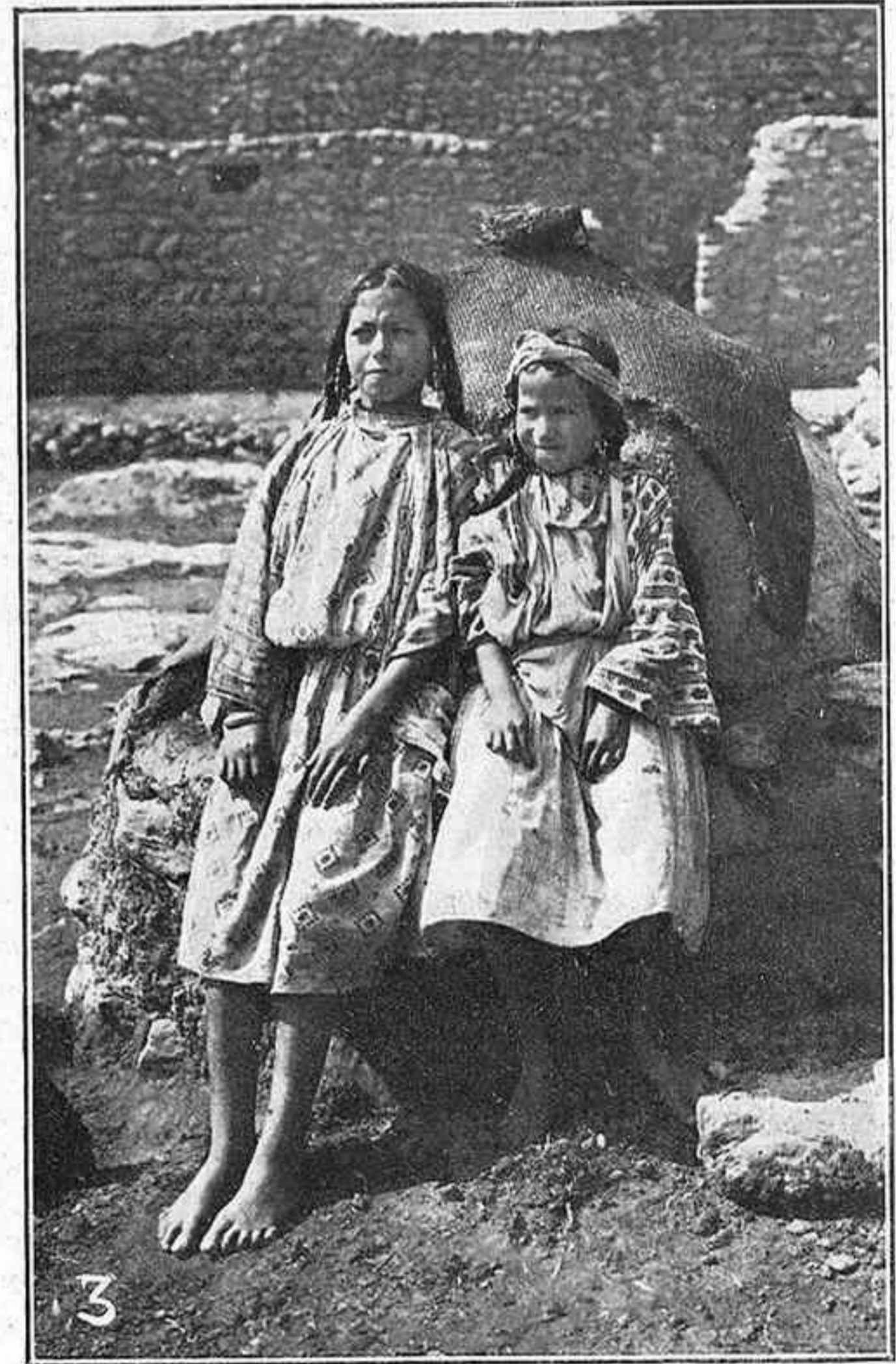
LAS INMEDIACIONES DEL RÍO KERT



1.- Moro y su novia
2.- Tipo de mujer rifeña



TIPOS Y COSTUMBRES MORUNOS



3.- Niñas moras
4.- Niña yendo por agua

Nuestros lectores verán sin duda con interés la presente colección de fotografías que hemos recibido de nuestro corresponsal en Melilla y que hemos creído oportuno publicar porque todo lo referente a Marruecos es de actualidad palpitante.

El Norte del Imperio Marroquí, donde se eternizan las luchas seculares con España, es más abrupto y fantástico que el Sur; en él la raza es más fuerte y el espíritu de rebeldía más activo.

Las tribus rifeñas están siempre tan dispuestas a insubordinarse, que constituyen una amenaza permanente no sólo para los españoles, sino también para el majzén mismo.

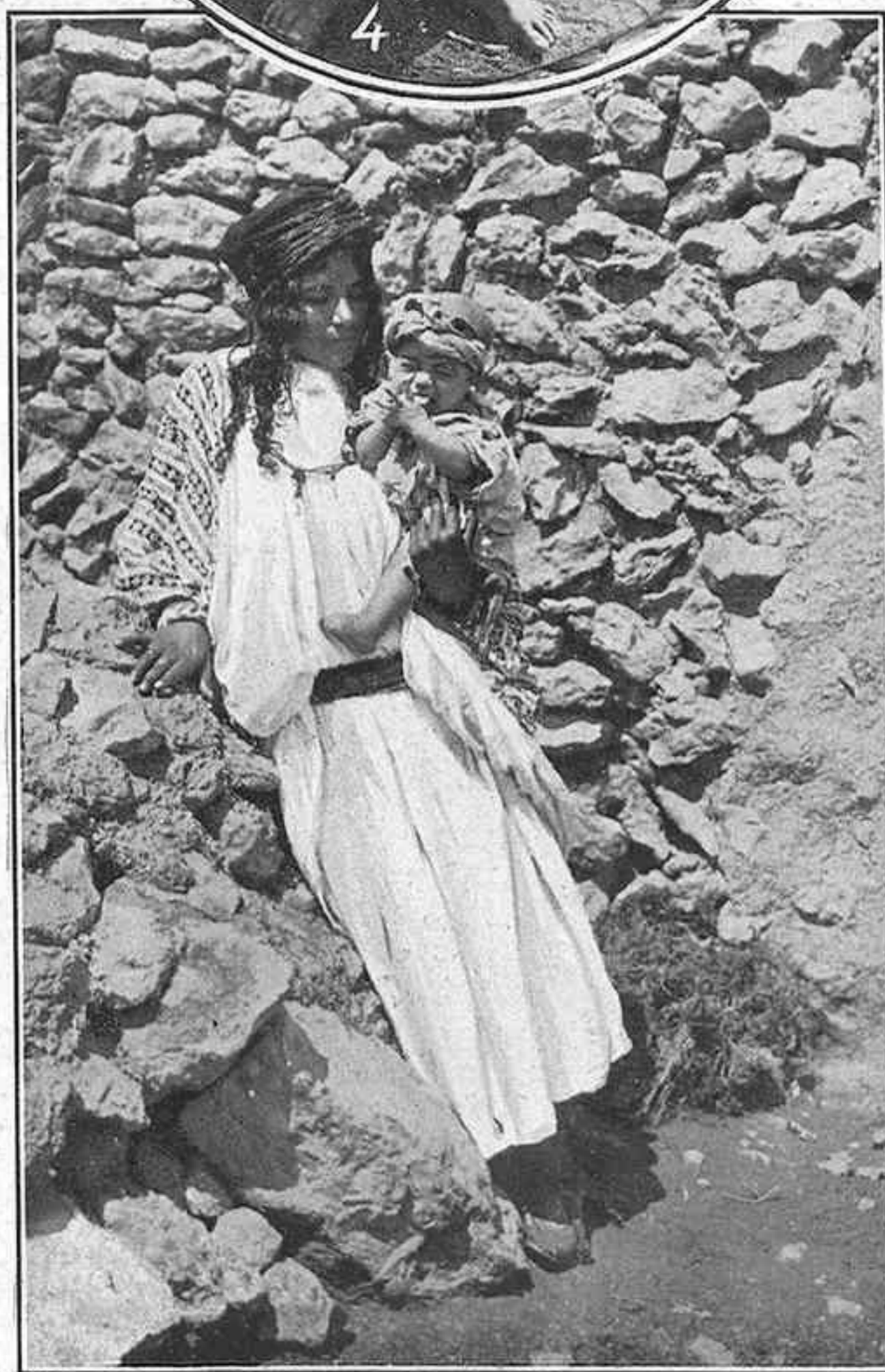
los jeques de las cabilas, habitan casas fortificadas y coronadas por una almenada torre. Caides y jeques representan la autoridad administrativa.

Sin embargo, la distribución es bastante arbitraria, pues el majzén, temeroso siempre de posibles sublevaciones, no vacila, en caso de necesidad, en fraccionarlas, y ora las divide entre varios caides, ora las reúne bajo la autoridad de uno solo, según lo estima más conforme con su política, y tan pronto separa de ella fracciones que constituye en tribus independientes, como adjudica porciones de territorio de una al caid de otra.

El límite incierto de las tribus y la naturaleza del



Mujer rifeña con sus mejores galas



Mora con su hijo



Moros en la puerta de su casa

Las inmediaciones del Kert, generalmente pobladas de árboles y de verdura, se recorren con agrado. Hay algunas cuencas bien regadas, con cultivos propios de los países húmedos; pero no escasean los terrenos ásperos, secos y roqueños, casi sin más árboles que chumberas, acébuches y algarrobos.

En Marruecos, las tribus tienen uno o más caides, los cuales, lo mismo que

suelo, a propósito para las emboscadas, hacen peligrosa para todo el que no sea del país la travesía de ciertas comarcas donde reina el bandolerismo.

Las manchas blancas que se ven en la campiña indican las granjas de los grandes propietarios, las cuales cambian de nombre según que sus dueños las habiten constantemente o sólo en los periodos de las labores del campo.

LA FIESTA DE LA PRIMAVERA
EN PARÍS



Carro romano



Carroza de la Reina de las Rosas

la, de la primera República; los coches de la Restauración; la diligencia de 1830; el globo, el vapor, la locomoción moderna y triunfo de la aviación.

LA FIESTA DEL JARDÍN DE JENNY

(Fotografías de M. Rol.)



Carro de la cantinera bajo la primera República

La fiesta de la Primavera, organizada por la Federación del Comité de Fiestas de la orilla izquierda del Sena y por la Asociación General de Estudiantes, celebróse en París el domingo 3 del corriente. En ella, a semejanza de lo que ocurre en la Mi-carême, figuraron lindas señoritas presididas por la más bella, no con el título de Reinas y Reina de las Reinas, sino con el de Rosas y Reina de las Rosas. Esta última, la señorita Susana Olivier, rodeada de las «Rosas» sus damas de honor, fué recibida al mediodía en la alcaldía del distrito décimoquinto.

En la plaza a que da este edificio y a las doce y media se formó el cortejo de «la locomoción a través de los tiempos» y que comprendía doce épocas: los carros galos, pesados y arrastrados por dos bueyes; los carros romanos, los de la época carlovingia, los de la Edad Media, la carroza de Gabriela d'Estrées, del reinado de Enrique IV; la de Marión Delorme, del reinado de Luis XIII; la de Madama de Maintenón, del período de Luis XIV; la *vinaiquette* de la princesa de Lamballe, del reinado de Luis XVI; el carricoche de la cantinera del batallón del Mose-

taló sobre las alas de gasa de un frágil aeroplano, posado como enorme mariposa sobre una rosa gigantesca, sonaron las trompetas, y carros, carrozas, diligencias, locomotoras, automóviles y tranvías, en fin, todos los vehículos que componían aquel interminable cortejo, se pusieron en marcha.

En calles, avenidas, en el Campo de Marte y en la Explanada de los Inválidos, el paso del cortejo fué saludado por los aplausos de la multitud. Los carros antiguos estaban reproducidos con toda exactitud y sus servidores, guardias y tropas que los acompañaban vestían también con toda propiedad.

El cortejo desfiló ante la alcaldía de los Gobelinos, después de una recepción de las autoridades. La fiesta, que fué favorecida por un tiempo espléndido, terminó con un banquete al que asistió la Reina de las Rosas acompañada de sus damas de honor.

En el mismo día que la fiesta de la Primavera celebróse en París la del «Jardín de Jenny», para la cual llegaron a la plaza de San Medardo, como cada año, numerosas modistillas, que recibieron flores y

plantas para adornar sus modestas viviendas. Más de diez mil marcos se extendieron para recoger los alegres regalos, siendo de notar el aumento y progreso de esta simpática fiesta; puesto que mientras el año pasado las plantas distribuidas sólo fueron cincuenta mil, la obra del «Jardín de Jenny» ha distribuido este año 120.000 plantas, 10.000 arbustos, 10.000 tiestos de flores, 2.000 kilogramos de tierra y 40.000 bonos de paquetes de semillas, de localidades de teatro, de comidas, fotografías, etc., siendo notabilísimo que en tan larga y numerosa distribución no se registrase ningún accidente desagradable.

La distribución comenzó a las once de la mañana y terminó muy entrada la tarde. Las obreras mostrábase tan alegres como el día, y el júbilo de cada una aumentaba al tener la suerte de recibir un tiesto con lirios, tulipanes o jacintos.

Realmente la obra de los distinguidos literatos parisienses Eugenio Figuiere y Alejandro Mercereau resulta en la práctica poética y benéfica; el Jardín de Jenny la obrera lleva a muchos corazones humildes esperanza y alivio para todo el año.



Fiesta del Jardín de Jenny. - Vista general de la multitud durante la distribución de las flores a las modistillas de París



PARIS. COSTUMBRES ARTÍSTICAS. - LA HORA DE LOS CROQUIS EN LA «GRAND CHAUMIERE», dibujo de Narciso Martí y Cabot

Son numerosas en París las Academias de dibujo a las cuales, a ciertas horas de la tarde, acuden muchos artistas y aficionados de ambos sexos y de distintas nacionalidades que, mediante un módico pago de entrada, pueden tomar apuntes en cualquiera de las secciones de que se componen aquellos importantes centros. Una de las Academias de esta clase más conocidas es la denominada *Grand Chaumiere*, que el joven y distinguido artista Sr. Martí nos presenta en el bellísimo dibujo que adjunto reproducimos, a la hora de los croquis en la sección del desnudo



LA CIEGA, cuadro de Sir J. E. Millais
(Reproducción autorizada por la Galería de Arte de Birmingham.)

JUEGOS FLORALES

En los Juegos Florales de Barcelona, celebrados hace pocos días, bajo la presidencia de Monseñor Carsalade, obispo de Perpiñán, en el Palau de la Música Catalana, y en los cuales se ocupa extensamente en la segunda plana de esta revista don Miguel Santos Oliver, ofreció particular interés la elección de la Reina de la fiesta, cuyo retrato publicamos en estas columnas.

Abierto por el Secretario del Consistorio el pliego que contenía el nombre del autor de la poesía premiada con la Flor



Srta. Elena Maragall y Noble, Reina de la fiesta de los Juegos Florales de Barcelona. (De fotografía de nuestro reportero A. Merletti.)

natural, y proclamado como tal D. Evelino María Doria, éste subió al estrado de la presidencia y besó el anillo al obispo, que le entregó el premio atado con una suntuosa cinta de seda que presentaba los colores catalanes.

El Sr. Doria, precedido de dos pajes y acompañado de los mantenedores Sres. Picó y Torras, bajó del estrado, se dirigió a uno de los palcos y entregó la simbólica flor a una graciosa y distinguida joven, vestida de blanco y cubierta la hermosa

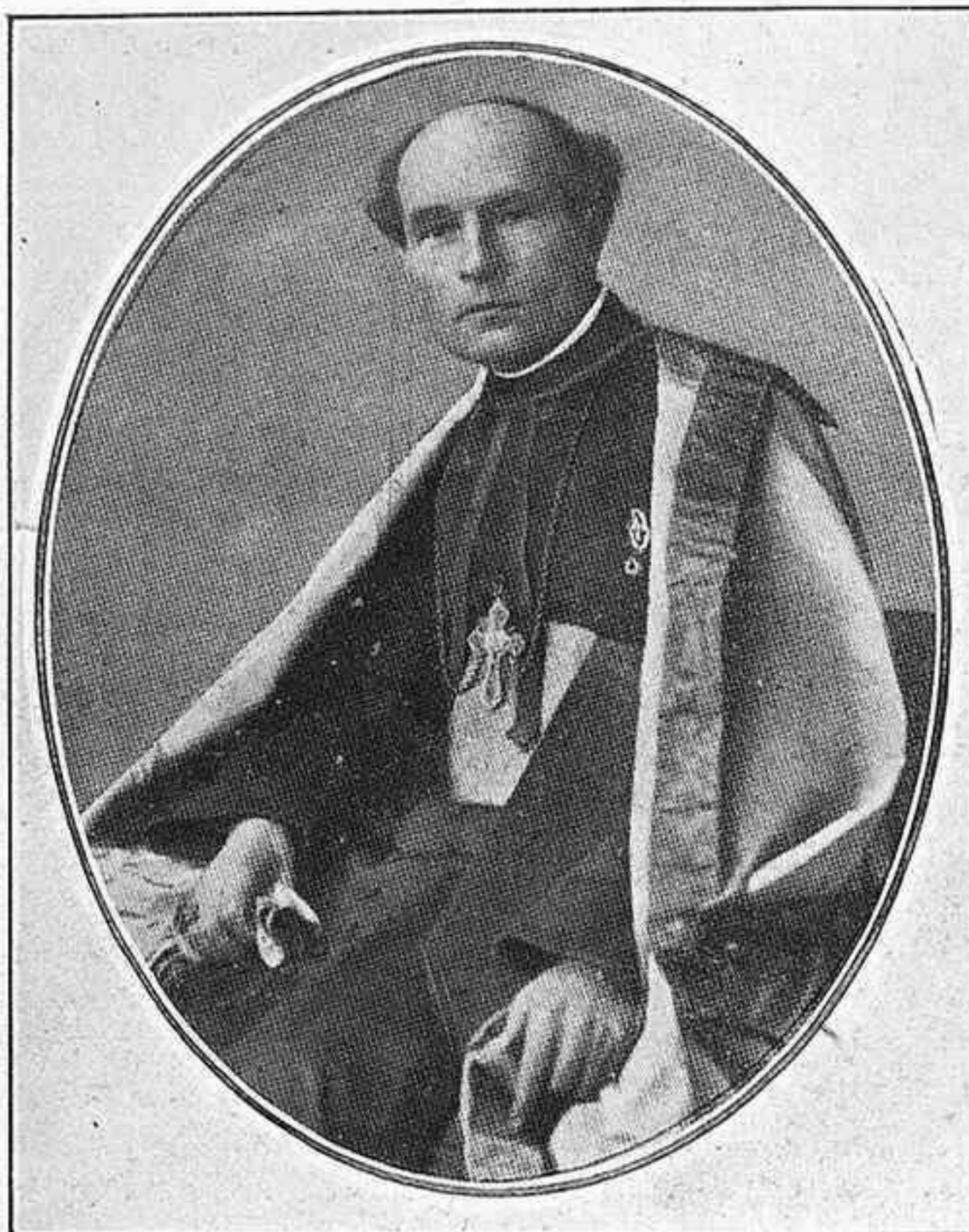


Mr. Paul Revoil, exembajador, exgobernador general de Argelia, fallecido recientemente en Mouries, cerca de Arlés (Francia). (De fotografía de M. Rol.)

cabeza con la clásica mantilla española; le ofreció el brazo y, entre aplausos y aclamaciones de la concurrencia, que se puso en pie, la gentil reina atravesó la sala, subió al estrado, besó con reverencia el anillo episcopal y se sentó en el trono, mientras el selecto público que llenaba el salón de bote en bote le tributaba una entusiasta ovación. Estas aclamaciones tenían doble sentido y doble alcance, pues al saludarla a ella, glorificaban al mismo tiempo a su ilustre padre. La graciosa Reina era la señorita Elena Maragall y Noble, la hija del genial poeta y eminente escritor Juan Maragall, cuya prematura muerte lloran las letras patrias.

El venerable Monseñor Carsalade du Pont, obispo de la diócesis de Elna-Perpiñán, que comprende todas las comarcas catalanas de Francia, el empezar la dirección espiritual de sus diócesanos, pensó que la manera más eficaz de propagar la fe católica era servirse, como vehículo de propaganda, de la misma lengua que el pueblo habla por naturaleza.

De esta manera se identificó más con sus fieles, y ha sido, no solamente con la palabra, sino también con la pluma, uno de los cultivadores más castizos y más entusiastas de esa hermosa lengua catalana, que aun sirve de vínculo fraternal entre dos nobles pueblos de ambos lados de los Pirineos.



Monseñor Julio Carsalade du Pont, obispo de Perpiñán, Presidente de los Mantenedores de los Juegos Florales de Barcelona. (De fotografía de Lafontan.)

No es pues de extrañar que, con motivo de su venida a presidir los Juegos Florales, el venerable obispo de Perpiñán haya sido objeto de repetidas manifestaciones de afectuosa simpatía en Barcelona.

En este concurso literario obtuvieron premio, además de D. Avelino Doria, los Sres. D. Rafael Folch y Capdevila, don Juan Arús Colomer, D. Manuel Folch y Torres, proclamado maestro en Gay Saber. D. Félix de Altamira, D. Luis B. Nadal y D. Pedro de Tera.

Una de las partes más hermosas de esta fiesta mayor de las letras catalanas, fué el homenaje rendido a la memoria del gran amigo de Cataluña y patriarca de Provenza, Federico Mistral, cuya patriótica poesía *L'Abrassada*, traducida del provenzal al catalán por la distinguida poetisa mallorquina Doña Antonia Salvá, y leída magistralmente por el Sr. Cabot, fué varias veces interrumpida por grandes aplausos y coronada por una larga ovación.

Años atrás, Mistral había honrado con su presencia y su genial cooperación la gay fiesta de los Juegos Florales de Barcelona. Su poesía *L'Abrassada* es un canto de fraternidad de la Provenza, el Languedoc y el Rosellón con Cataluña, digno del autor de *Mireio*, cuya reciente muerte ha sido tan sentida en Cataluña como allende los Pirineos.

M. PAUL REVOIL

El que fué embajador de Francia en Madrid, gobernador general de Argelia, primer plenipotencio de su nación en la conferencia de Algeciras, ha sucumbido recientemente, en su finca de Mouries, cerca de Arlés, en Provenza, a una enfermedad que hace tiempo miraba su existencia.

M. Paul Revoil desaparece prematuramente, a la edad de cincuenta y ocho años, después de una laboriosa y brillante carrera, que fué útil a su país.

Nacido en Nimes en 1856, estudió Leyes, y antes de terminar su carrera de abogado, rindió culto a las musas publicando un tomo de poesías. Pero, a pesar de sus grandes aficiones literarias, no tuvo tiempo de volver a versificar en su vida, excepcionalmente activa. En 1886, era ya jefe del gabinete del subsecretario de las Colonias. En 1893, Mr. Develle lo llamó a su lado como jefe de gabinete en el Ministerio de Negocios Extranjeros, donde hizo su aprendizaje de diplomático. Nombrado ministro plenipotencionario en 1895, y agregado hasta 1900 a M. René Millet, residente general en Túnez, se distinguió de tal manera en sus funciones, tomó una parte tan activa en la organización financiera de la Regencia, que se le nombró en 1900 ministro de Francia en Marruecos y, al año siguiente, gobernador general de Argelia. Después de haberse ocupado allí, durante dos años, en la refundición de la legislación forestal, en la organización de los tribunales represivos y en la creación de los territorios del Sur, un conflicto con Mr. Combes le obligó a presentar la dimisión de su cargo. Pero cuando, en 1905, estallaron las dificultades francoalemanas, Monsieur Rouvier solicitó su colaboración, y, al año siguiente, fué designado para representar a Francia en la conferencia de Algeciras donde se dedicó, no sin trabajo, a restablecer los asuntos de su nación comprometidos, y obtuvo de Europa y especialmente de Alemania el reconocimiento de los derechos esenciales de Francia en Marruecos.

Es historia de ayer, y el trabajo del malogrado diplomático, en aquellas difíciles circunstancias, no ha podido olvidarse.

M. Paul Revoil desplegó luego los mismos talentos como embajador en Madrid.

La dirección del Banco otomano fué el último puesto en que tuvo ocasión de poner a contribución la experiencia y la actividad de su diplomacia en beneficio de su país.

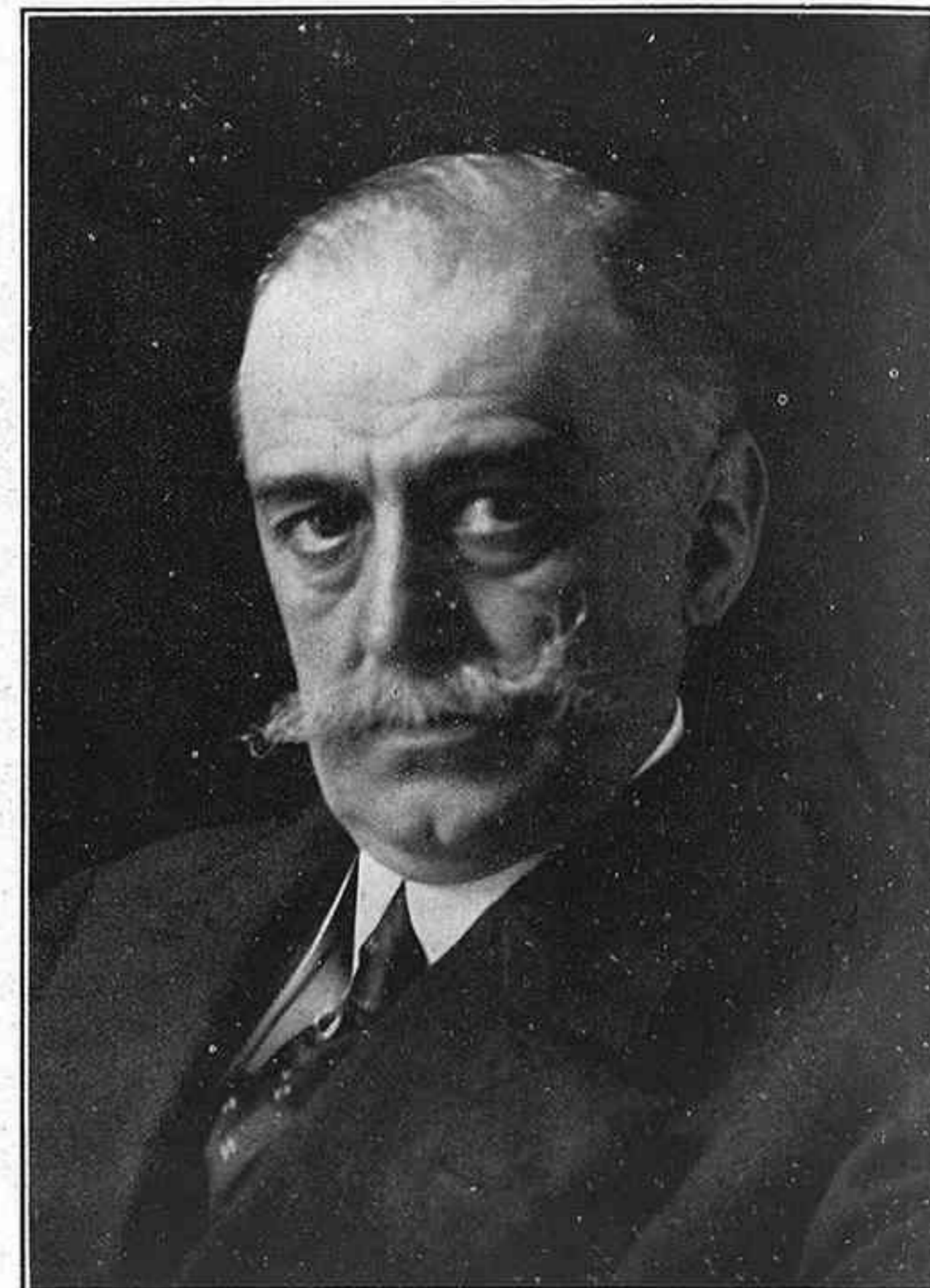
INCIDENTE A PROPÓSITO DE UN BUSTO DEL EMPERADOR DE ALEMANIA

En este momento se instala en el Palacio de Bellas Artes de París el Salón de los Artistas franceses, al mismo tiempo que se imprime el Catálogo de la Exposición.

Hace algún tiempo que un escultor alemán, M. W. Repner, había manifestado al presidente de la Sociedad de los Artistas franceses, el eminente escultor Mercié, su intención de exponer en el Salón un busto del Emperador Guillermo. M. Mercié, temiendo con razón que con tal motivo pudieran producirse incidentes desagradables, aconsejó al artista que desistiera de exponer su obra.

M. Repner pareció convencido por los excelentes argumentos de su presidente y se creyó terminado el asunto.

Sin embargo, el escultor alemán, volviendo sobre su decisión, anunció hace pocos días a M. Thoumy, secretario gene-



D. Evelino María Doria, autor de la poesía premiada con la Flor natural en los Juegos Florales de Barcelona. (De fotografía de Mas.)

ral de los Artistas franceses, que se proponía someter dicho busto al jurado.

Calcúlese cuál no sería la sorpresa de M. Mercié, que apresuró sin pérdida de tiempo a recordar a M. Repner su reciente promesa.

En concepto de los miembros de la Sociedad de Artistas franceses que han manifestado su opinión acerca de este asunto, no cabe duda que el artista alemán renunciará a exponer esta obra que le es fácil substituir por otras.

Además, como M. Repner no se halla fuera de concurso, su



El escultor alemán Max Repner, autor de un busto del Emperador de Alemania que ha suscitado una cuestión internacional. (De fotografía de G. Bieber, remitida por C. Trampus.)

obra debe ser sometida al jurado, a quien incumbe exclusivamente la facultad de decidir cuáles obras han de figurar en el Salón.

Por consiguiente está prevista la solución del conflicto, ya que ningún artista puede exponer por fuerza una obra no admitida por el jurado.

BAILE BLANCO

NOVELA ORIGINAL DE MATILDE ALANIC. - ILUSTRACIONES DE SIMONT. (CONTINUACIÓN.)

La amistad de una solterona rica cuya herencia bien podía ser para Germana, daba a ésta el prestigio de un buen partido y ejercía poderosa influencia en todas las personas que la rodeaban; así es que algunos amables Lindoros no tardaron en mariposear en torno de la muchacha y durante el período del Carnaval, con sus frecuentes reuniones, el más distinguido de aquellos deliciosos galanteadores se separaba del grupo y acusaba su preferencia con un flirteo constante.

Por aquella misma época, Germana, de carácter tan abierto y tan notablemente igual, manifestaba una nerviosidad insólita pasando de un frenesí de movimiento y de alegría, a largas y ensoñadoras calmas. Y la señora Duroncier, emocionándose con estos síntomas, y vibrando al unísono con las impresiones de su hija, contemplaba el tierno idilio con mirada ansiosa y simpática.

Aquel pretendiente en expectativa conciliaba, en su persona ideal, todas las cualidades del yerno reposado que desean las madres con todas las seducciones del novio con que sueñan las jóvenes: veintiocho años, cirujano distinguido, violinista hábil, elegante bailarín, hijo abnegado, veinticinco mil francos de emolumentos en su primer año de ejercicio, un sedoso bigote castaño, un metro ochenta de estatura y ojos aterciopelados... En una palabra: el Príncipe encantador vestido de frac y armado de un bisturí...

La señora Duroncier juzgaba al muchacho perfectamente a propósito para Germana y en su foro interno llamábale ya Marcelo. El negocio, palabra

que se impone cuando se trata de una asociación tan importante como el matrimonio, parecía marchar por un camino formal. Una noche de baile, apareció la madre del Dr. Legoux, una señora que regía ella misma sus tierras, y que probablemente había sido llamada del fondo de la Turena para un primer examen. La señora de Legoux, morena, corpulenta y cuya doble barba descansaba cómodamente sobre un abultado pecho, examinó a la señorita Duroncier con la misma atención con que elegía las aves mejores para su corral o las cepas para sus viñedos.

Aquella inspección fue sin duda favorable a Germana, pues desde aquel momento Marcelo redobló sus asiduidades, y era evidente que no tardaría en dar el paso decisivo. Flotaba en el aire un cierto flúido embriagador, un perfume de amor y de primavera; y sin comunicarse sus pensamientos, las tres mujeres no pensaban en otra cosa que en la cuestión candente.

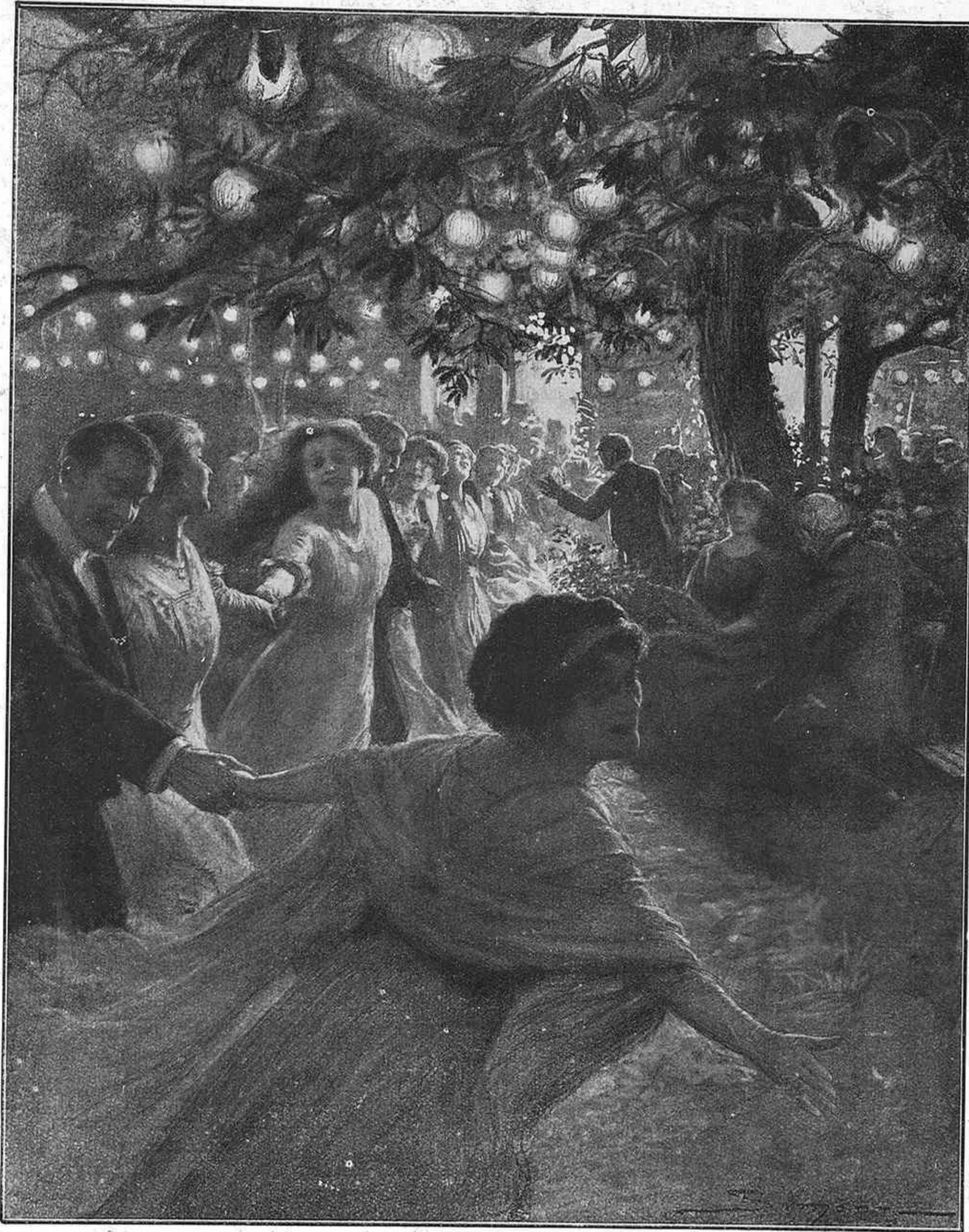
Una noche, mientras movía sus agujas junto a la mesa de trabajo, dijo la señorita Aurora:

- En un rincón de la cómoda he encontrado un paquete de viejos encajes de Malinas que me parece que harían un gran efecto en un traje de novia. Para ti serán, Germana.

La joven se ruborizó, balbuceó una frase de gratitud que la emoción no le dejó concluir y sintiendo

que se le iban a escapar las lágrimas escapóse avergonzada.

La señora Duroncier, como anonadada por aque-



La farándula se desenvolvió como sinuosa guirnalda viviente al través del jardín...

lla muestra de afecto tapóse la cara con las manos.

- ¡Bondad divina! ¡Qué es lo que te da, Clara!, exclamó la señorita Tiercín suspendiendo su labor. ¿Acaso no has deseado lo que actualmente me parece en buen camino?

- En efecto, respondió la señora Duroncier conteniendo apenas sus sollozos. ¡Pero a pesar de todo, es una cosa tan grave, da tanto que pensar!.. Por otra parte ahora que Germana parece creer en ello..., ¡si el asunto fracasase!

- ¿Fracasar? ¿Y por qué?.. Desde el momento en que los dos se aman, todo irá bien.

La señora Duroncier desvió su mirada, temerosa de que delatara el secreto de sus cálculos, y murmuró:

- El amor no lo es todo... en el matrimonio... ¿Y si se considera que Germana no es bastante rica?

La señorita Aurora hizo un mohín de desdén y se encogió de hombros.

- Si la única dificultad es el dinero, no te preocupes. Estas cosas se arreglan... ya verás.

Movió dos o tres veces la cabeza y volvió a su labor. ¿Eran necesarias más explícitas promesas? La pobre madre, aliviada de su angustia y llena de alegría no supo contestar de otro modo que echándose a llorar nuevamente.

En esto llegó la Cuaresma y quedaron las fiestas

IV

suspendidas por algunas semanas, sin dar siquiera la esperanza de una tregua que interrumpiera momentáneamente aquel período de reposo, y las ocasiones de verse la gente joven fueron menos frecuentes. La señorita Tiercín comprendió la melancolía en que se consumía Germana; y hay que confesar que ella misma sentía cierto aburrimiento producido por aquella calma absoluta, y que en sus paseos por el jardín entre los blancos almendros y los rosados melocotoneros se entregaba a ensueños un tanto nostálgicos.

A su alrededor, la primavera ostentaba sus juveniles gracias; los azafranes, al ras del suelo, levantaban sus pequeñas cápsulas jaspeadas de malva y oro; las violetas crecían en abundancia al borde de los céspedes, y en el ambiente tibio flotaba al aroma de los alelíos y de los jacintos. De pronto, todos esos hálitos primaverales invadieron los sentidos de la señorita Aurora; un deseo de gozar cruzó impetuosamente por su espíritu como vuelo de pájaro y en su mente germinó y se desenvolvió una idea hermosa.

La señorita Tiercín volvió directamente a la casa con la rapidez de una iluminada que obedece a una sugestión apremiante y entró en el saloncito de sus amigas, que era la habitación en donde las tres juntas trabajaban.

La señora Duroncier, presa de un fuerte ataque de jaqueca, respiraba éter tendida en un sofá; Germana, de pie cerca de la ventana, decoraba a la

aguada una hoja de biombo en la que se ostentaban iris de gran tamaño.

- Amigas mías, dijo la solterona, instalándose en su poltrona, ha llegado el momento de hacer examen de conciencia, y acabo de convencerme de que estoy en deuda con todo el mundo. Durante estos tres meses, me han colmado de obsequios y atenciones, y ahora me toca a mí divertir a la juventud. ¿Qué te parecería, Germana, de un baile blanco el jueves de Quasimodo, cuando la gente vuelva de las vacaciones de Pascua? Un baile con cotillón florido, seguido de una farándula al través del jardín que, en aquella época estaría precioso...

- Me parece sencillamente una inspiración genial y me parece además que es usted un encanto, tía Aurora, respondió Germana entusiasmada. A pesar de mi audacia, jamás me habría atrevido a proponer a usted un proyecto semejante.

- ¡Mi buena Aurora!, murmuró en tono doliente la señora Duroncier. ¡Cuánta bondad la tuya procurando distraer a tus jóvenes amigas! Pero, ¿has pensado ya en el trastorno que tu proyecto supone? Tu casa va a verse poco menos que saqueada, y revolucionada de arriba abajo.

- ¡Bueno, bueno!, Ya volveremos luego a ponerlo todo en orden. Tiempo de sobra nos quedará para

ello... En el entretanto, lo que hay que hacer es preparar la fiesta, para cuyos pormenores me confío en ti, Germana.

— Esté usted tranquila. Desde el momento en que me da usted carta blanca...

Y la joven, arrancada de su inercia y con la imaginación exaltada, componía ya un programa magnífico: el baile de la tarde se prolongaría en fiesta vespertina con cena, comedia y concierto, y los padres serían invitados a estas últimas diversiones, con lo cual se contentaría a todo el mundo... La señorita Aurora daba su aprobación a todo y recomendaba que nada se escatimase, pues en aquella ocasión no miraría el dinero que costase la fiesta... Germana, alentada por estas manifestaciones, mostróse cada vez más entusiasmada, y desde aquel momento, el famoso plan, madurado, ampliado cada día, fué el tema de los conciliábulos de las tres mujeres, alternando con los ejercicios piadosos propios del período cuaresmal.

Al fin fué preciso tomar las disposiciones definitivas; comprometer los criados, el cocinero y la orquesta para el baile; reclutar a los músicos aficionados y advertir a los artistas de salón que repasaran su repertorio. Una mañana, Germana, procurando refrenar un rubor inoportuno, emitió el propósito de representar *La chispa*; ella se encargaría del papel de dama joven; el Sr. Legoux había interpretado ya, según le constaba, el tipo de enamorado indeciso, y en cuanto a la generala Renat...

Germana vacilaba, pues deseaba que en los ensayos reinase la intimidad estricta que tan agradable sería a los enamorados; pero por fin se decidió a exponer su pensamiento.

— ¡En suma! ¿Por qué no?.. Quien interpretará el papel de generala será usted, tía Aurora.

La señorita Tiercín dió un salto en su silla.

— ¡Yo!.. ¡Te chanceas, Germana!.. ¡Una enamorada de cuarenta y seis años!.. ¿Quieres ponerme en ridículo?.. Además, no he representado comedias desde mi tiempo de colegio. ¡Vaya un galimatías que armaríamos!

Pero Germana no abandonaba fácilmente un capricho que consideraba realizable; así es que replicó con acento autoritario:

— ¡Cuarenta y seis años!.. Es la mejor edad para las damas jóvenes... Además, el amor no se detiene ante el número de años. ¡No se asuste usted, tía Aurora! Con su vestido gris, una palma rubia y un poco de colorete no aparentará usted más allá de treinta años... Tiene usted una voz de hermoso timbre y muy flexible; en cuanto a la dicción y a las actitudes, yo la guiaré a usted, y estoy segura de que todo saldrá a pedir de boca...

Aquella misma noche llamóse al Dr. Legoux, quien aceptó sin vacilar el ofrecimiento que se le hacía. En ciertas ocasiones la joven más sensible sobrepuja en diplomacia a los profesionales de la carrera.

La infortunada Aurora, quieras que no, quedó encargada del papel de coqueta sentimental y con las manos en los ojos y los pulgares en las orejas, al modo de los escolares, esforzóse con emocionante aplicación, en domar su memoria rebelde.

— ¡Nunca podré meterme todo esto en la cabeza!, repetía con una desesperación que dejaba insensible a Germana.

Los ensayos se multiplicaban con gran complacencia por parte de todos. ¡Cuán deliciosas parecían aquellas sesiones a los dos enamorados, que se encontraban casi solos entre la señorita Aurora, absorpta en el repaso de su papel y la señora Duroncier ocupada en sus funciones de apuntador y voluntariamente ciega. ¡Cuántas frases sobreentendidas detrás de las palabras recitadas! ¡Qué perturbadores choques de miradas o encuentros de manos, que a él y a ella les hacían estremecer deliciosamente hasta el fondo del corazón!..

Germana sentía remordimientos de experimentar tales felicidades en tiempo de penitencia; pero habría necesitado una virtud sobrenatural para substraerse a aquel hechizo. Día y noche conservaba claridades de sol en el corazón y en la cabeza; y aquella luz de alegría hubiera querido, en el impulso de su caridad, derramarla sobre la humanidad entera.

Una mañana llegó a su casa radiante de gozo, y apenas vió a su madre le dijo:

— ¿A que no sabes, mamá, a quien he encontrado en los pórticos de la catedral?... Piensa un poco... Unas amigas de Nancy... No, ya veo que no caes en ello... ¡Las gemelas!

— ¡Cómo Juana y Juanilla!.. ¿Y a qué se debe que estén aquí?

— Su padre ha sido nombrado jefe de baterías del 11.º de artillería. ¿Cómo es posible que se te haya escapado esta noticia, a ti que lees el diario de cabo a rabo?

— No sé; quizás algún día de jaqueca habré fijado menos la atención... De lo contrario, habría escrito inmediatamente al comandante Lafarede dándole nuestras señas.

— ¡Lafarede!, repitió lentamente Aurora a media voz. Aquí ha habido en otro tiempo unos Lafarede...

— De uno de éstos se trata, respondió la señora Duroncier, y precisamente a título de compatriotas trabajamos amistad en Nancy. Vivíamos todavía en aquella ciudad cuando la pobre señora de Lafarede falleció, hace cosa de tres años, y cuando las gemelas contaban sólo quince. El comandante ha sido siempre un excelente padre que se ha sacrificado por sus hijas, sin por ello malcriarlas.

— ¡Oh, en cuanto a esto no!, observó Germana. Es un hombre en extremo exigente en punto a relaciones y casi no las deja que se visiten con nadie; de aquí la alegría que han tenido al verme, ¡pobres chicas!.. Les he hablado del baile blanco, y había que ver sus transportes de gozo; poco menos que bailaban en la calle.

— ¡Pobres niñas!, murmuró la viuda. Seguramente necesitan ser vigiladas de cerca. ¡Es tanta la desconfianza que hacia las mujeres siente su padre! Muchas veces he posado con él sobre ese tema, por más que él siempre me haya considerado como una excepción lisonjera... Y, sin embargo, su esposa fué una mujer muy buena, aunque no estaba, ni mucho menos, a la altura de su marido. ¿Conociste en otro tiempo a esos Lafarede, Aurora?

La señorita Tiercín, clavados los ojos en la aguja que trataba de enhebrar, respondió con voz igual:

— Quizás sí... Hace cosa de veinticinco años, en una boda, fué mi pareja un teniente de artillería que se llamaba Lafarede.

— El nuestro, sin duda. ¿Y qué recuerdo has conservado de él?

El hilo que apuntaba al ojo de la aguja se desvió de éste y la señorita Tiercín, encogiendo los labios y alzando la vista, contestó con aire indiferente:

— ¡Oh, es un recuerdo tan vago y tan lejano!.. Apenas me acuerdo de cómo era... Parece, sin embargo, que era alto y rubio.

— Como alto, el comandante lo es; pero en cuanto a lo de rubio no puedo apreciarlo, dijo la señora Duroncier riendo, porque ha caído mucha nieve sobre los mechones de cabello que le quedan.

— ¡Ah, es calvo!, exclamó la señorita Tiercín con cierto desencanto.

— Querida mía, a los hombres les sienta bien la calvicie... Por lo demás, tú misma podrás comprobar que tu pareja de otro tiempo, aunque más corpulento y con menos pelo, conserva todavía un aspecto agradable. ¿Y te parece si él te reconocerá?

— ¡Oh, le desafío a que me reconozca!, murmuró la solterona mirándose involuntariamente al espejo. He variado por completo.

Precipitadamente inclinó su frente sobre su labor y fijó sus ojos en aquella tela gastada que transformaba en mantillas y paños minúsculos para los niños de una casa de expósitos, vió desfilir una y otra vez en conmovedores espejismos, recuerdos arrinconados en el fondo de su memoria y que la enunciación de un nombre acababa de evocar.

Después de tanto tiempo, ¡cuán vivo y claro subsistía aún lo que quedaba de las menores impresiones de aquel día memorable, el único que animaba con un rayo de sol el brumoso gris del pasado! Y es que en aquel día, único en su existencia, Aurora Tiercín había comprendido el gozo divino de la juventud y del amor, la dulzura y la plenitud que puede tener la vida.

Aquella iniciación había sido vana; la felicidad vislumbrada no se había dignado aproximarse. Santiago Lafarede no había ido a ella como le había anunciado que quería hacerlo...

Con un estremecimiento de humillación y de pesar, recordaba la inútil espera, la inquietud, las lágrimas secretas del desengaño... ¡Y aquél hombre se atrevía ahora a recriminar a la especie femenina!.. ¿Qué respondería si le pusieran como ejemplo de la inconstancia y de la fragilidad de los hombres?

V

Al día siguiente, cuando la señorita Aurora volvió sola a su casa, después de hacer varias diligencias en la ciudad, oyó desde el vestíbulo rumor de conversación en la sala. Entre la charla de las mujeres, mezclábanse los sonoros acentos de una voz de hombre, y aunque la señorita Tiercín no la había oído desde hacía veinticinco años y aunque era menos clara que entonces, en seguida la reconoció, y su corazón se estremeció de indignación y de rencor.

— No puedo verle hoy, se dijo; demasiado pronto habré de encontrarme con él.

La violencia de su decisión la hizo subir rápidamente hasta el primer piso y entrar precipitadamente en su cuarto; pero por las ventanas abiertas llegaban hasta ella las voces de la sala que sostenían una discusión, y así pudo oír cómo decía con acento enérgico el comandante:

— Desde el momento en que la fiesta no es en su casa de usted, mi buena amiga, me reservo y no permito que...

— ¡Oh, papá, querido papá!, suplicaban dos voces juveniles.

— ¡Qué hombre más testarudo!, decía refunfuñando la madre de Germana. ¿Cómo he decirle que hago vida en común con mi amiga que es, desde todos los puntos de vista, una excelente persona?.. Que sea ella o yo quien invite, poco importa. Por otra parte, la señorita Tiercín cree que son ustedes conocidos de muy antiguo.

Aurora, ruborizada, apartóse de la ventana y se retiró al interior de la habitación, murmurando despechada:

— ¡Qué tonta!

— ¿No se acuerda usted?, murmuró la viuda. Según parece, se encontraron ustedes en una boda campestre... Aurora Tiercín, un nombre no muy vulgar, como usted ve... En aquel tiempo, mi amiga era una morena lánguida, del género criollo... Seguramente debió causar a usted cierta impresión...

— ¡Oh, he asistido a tantas bodas, que ya comprenderá usted!.. Francamente no me acuerdo poco ni mucho, replicaba la voz incisa y brusca.

Al oír aquello, Aurora palideció, como si le hubiesen inferido un ultraje; apretó los puños y no pudo contenerse de golpear con el pie para desahogar su cólera. El suelo se estremeció con aquellos golpes y los cristales de la araña del salón de la planta baja vibraron en un lamento argentino.

— Alguien anda por ahí arriba, dijo Germana mirando al techo... ¿Habrá vuelto tía Aurora? Voy a buscarla, y una vez hechas las presentaciones, las cosas marcharán por sí solas.

— No moleste usted a esa... señorita, replicó el comandante levantándose, porque nos vamos.

Pero Germana, ligera como una gacela, estaba ya en el piso superior y llamaba a la puerta de la señorita Tiercín; mas como nadie contestase arriesgóse a abrir y quedó como petrificada en el umbral: la señorita Aurora, de pie en el centro de la estancia, se quitaba violentamente el sombrero, el cinturón y los guantes, y lo arrojaba todo revuelto, con su sombrilla y su bolsa sobre la cama, mientras mascullaba palabras de enojo.

— ¡Cielos!, exclamó la joven al verla en aquel estado. ¿Qué le pasa a usted mi buena amiga?

Aurora se contuvo y se irguió en un esfuerzo violento, sin lograr por esto serenarse.

— ¡Qué me pasa..., qué me pasa!, exclamó en un ímpetu repentino. Me pasa... que esa estúpida costurera me ha estropeado el vestido... ¡Es una indignidad!.. ¡Estoy harta, más que harta, y el mes que viene regresaré al campo...

— ¡Oh, tía! ¡Qué enfadada está usted!, balbuceó Germana desconcertada. Tal vez he abusado de su complacencia... No me daba cuenta de que la mortificaba... Perdóneme usted; creí que usted también se divertía.

La señorita Tiercín, cuyos párpados agitábanse en un temblor nervioso, se apartó del rostro zalamero que rozaba su mejilla.

— ¡No, hija mía! No es culpa tuya..., dijo en voz baja. He hecho mal en olvidarme de mi edad..., y hago mal también en dejarme llevar de la cólera... Un poco de cansancio, los nervios descompuestos... En realidad no me siento en mi centro...

— ¡Pobre tía mía!, exclamó Germana acariciándola minuciosamente. Vamos a ver si duerme usted un poco; el Dr. Legoux le recetará algo para calmarla... Y ahora voy a decir al comandante Lafarede que la presentación queda aplazada.

— Sí, hija mía; discúlpame como mejor te parezca... Hoy verdaderamente no puedo más.

La joven bajó a la sala y cumplió su cometido adornándole con finuras ingeniosas: la señorita Tiercín lamentaba en extremo el contratiempo, pero acababa de llegar de la calle con un decaimiento que la obligaba a meterse en cama... Un principio de *grippe*, sin duda, que desaparecería en seguida, si se acudía pronto al remedio... Esperaba recuperar antes de poco la ocasión perdida...

— ¡Muy agradecido!, dijo el comandante, inclinándose cortésmente la cabeza y dejando asomar un pliegue burlón junto a su bigote blanco con reflejos de plata.

En el entretanto, la señorita Aurora, con los ojos cerrados, meditaba esforzándose por contener la excitación que le crispaba los nervios; parecía que le

habían dado un bofetón. ¡Y con qué ardor deseaba devolverlo! Nunca se había visto en un estado tal de cólera impotente, de resentimiento y de confusión.

— ¿Que no se acuerda?.. ¡Insolente!.. ¡Y durante semanas me estuvo paseando la calle!.. ¡Y aquellas veinticuatro horas de fiesta no le dejaron ningún recuerdo!.. He aquí lo que son muchos hombres: embusteros y pérfidos... Pero me alegro de lo que acaba de suceder; así, a lo menos estoy prevenida y tengo trazada mi línea de conducta... Ahora sabré cómo debo recibirle, terminó diciendo mientras desahogaba la comezón de sus uñas en la seda del canapé a falta de rostro enemigo.

Sus belicosas resoluciones no tuvieron tiempo de enfriarse antes de que se reprodujese la eventualidad esquivada una primera vez. En efecto, el comandante no podía negar a sus hijas la satisfacción de ver a menudo a la señora y a la señorita Duroncier, y una tarde, al ir a buscarlas, vió a contraluz a una persona instalada junto a la ventana, con la cabeza inclinada sobre una labor de bordado. La señora Duroncier, en medio del estrépito de una sonata que tocaban a cuatro manos las dos gemelas bajo la dirección de Germana, apresuróse a llenar las formalidades de rigor.

— Mi querida amiga, la señorita Tiercín. El comandante Lafarede.

Muy correcto en su traje de paisano, que ajustaba su torso corpulento pero de viril apostura, con sus facciones aguileñas muy acentuadas y sus ojos vivos como el brillo de una espada en un rostro algo grueso curtido por el aire y por el sol, el comandante saludó. La bordadora irguió con displicencia su figura esbelta y encerrada en un elegante traje de seda de color de ciruela con motas amarillas, inclinó la cabeza con un gesto indiferente y reanudó su labor.

La señora Duroncier, sorprendida de aquella frialdad, esforzóse en animar la conversación.

— Yo creí que se conocían ustedes, dijo con acento jovial. ¿No fué el comandante tu pareja en una boda?

— No recuerdo, respondió Aurora tranquilamente.

Y levantando sus ojos del bordado, fijó en el comandante una mirada plácida, como si quisiera compararlo con el modelo grabado en su memoria, y luego murmuró con un gesto de incertidumbre:

— Decididamente me parece que ha sido sólo una coincidencia de nombres. Estoy verdaderamente desorientada.

Aurora vió perfectamente el rubor que obscureció el cutis moreno del personaje a quien estaba examinando y su alma bondadosa experimentó por vez primera el vértigo de la venganza: había devuelto impertinencia por impertinencia íntegramente y con ello se sentía aliviada de un gran peso.

El comandante, como hombre de ingenio, aceptó alegremente aquella confusión.

— Concibo su vacilación señorita, dijo pasándose la mano por las sienes; en la época a que usted se refiere, tenía yo una cabellera abundante y pesaba treinta y cinco libras menos.

Él impulsado por el deseo quisquilloso de la contradicción y el desco de turbar a aquella persona fleamática, añadió:

— En cuanto a mí, sucedeme todo lo contrario; desde que la he vuelto a ver a usted, mis recuerdos se rejuvenecen y ahora me acuerdo perfectamente de la boda Lombart y de una señorita vestida con un traje color de rosa... Yo no sé qué demonio de secreto poseen las mujeres; pero es lo cierto que usted ha conservado todos sus cabellos y hasta su nombre...

La solterona sintió el puyazo y conservando a pesar de ello la serenidad, respondió sencillamente:

— Sí, es verdad; sigo llamándome Aurora, lo cual no deja de ser ridículo a cierta edad.

— ¡De ningún modo!, replicó el comandante con acento de galantería burlona. Es una Aurora que se prolonga.

En esto concluyóse la sonata y las dos hermanas y Germana, al intervenir en la conversación, interrumpieron la escaramuza. Juana y Juanita arrojáronse al cuello de su padre para arrancarle el consentimiento, que él ya no pudo negar, y una vez conseguido esto, hubo una explosión de alegría, aplausos y gritos de entusiasmo.

Rubias, rizadas con sus deliciosas caritas de figuras de porcelana, sus bocas menudas y sus ojos del color de la flor del lino, charlotaban como dos cotorritas inseparables, alegres y cariñosas. La presencia de su padre excitaba, en vez de refrenarla, su alegre viveza, y familiarizadas ya con la tía adoptiva de su gran amiga, prodigaban a la señorita Aurora sus delicadas atenciones y sus mimosas caricias. Para ellas, la señorita que daba un baile representaba una personalidad importante; así es que, al despedirse, después de haber besado a la madre de Germana,

presentaron con la mayor naturalidad sus mejillas a la señorita Tiercín, como niñas que dan las buenas noches a los tertulianos de su casa.

— ¡Qué encantadoras!, dijo la señora Duroncier cuando las gemelas, llevando en medio de ellas a su padre, pasaron por delante de la ventana enviando todavía al través de los cristales sus saludos de despedida. Son bonitas e interesantes, pero, ¡qué más da!.. Para un pobre hombre dos hijas de esa edad constituyen una pesada carga. Lafarede es, en verdad, admirable.

— La necesidad es ley, murmuró la señorita Tiercín, sin levantar los ojos del bordado. No hay nada de admirable en el cumplimiento del deber.

— Querida Aurora, tú no sabes nada de la vida ni de los hombres, replicó la señora Duroncier. El hecho de cumplir un deber más allá de sus límites es ya por sí solo una cosa bastante rara para que se le señale y apruebe; pero cuando es un hombre, es decir, un ser por naturaleza egoísta, despreocupado e independiente, quien demuestra semejante celo, el hecho merece ser ensalzado sin restricción.

Germana interrumpió aquella demostración psicológica trayendo el correo de la tarde. La señorita Aurora continuó su labor, y a medida que avanzaba en su bordado mil pensamientos opuestos cruzaban por su mente. Un ligero temblor hacía que su mano se moviese con más lentitud; quizás aquel malestar era consecuencia del estremecimiento extraño que la había conmovido en el mismo instante en que sus labios se posaban sobre dos frentes infantiles sombreadas por unos cabellos de oro.

VI

¡Un tiempo espléndido! ¡Un tiempo que ni hecho de encargo! ¡Ni una nube! ¡El sol dando de lleno en todas las ventanas! Deliciosos ritornelos y francas carcajadas surcaban el aire para mezclarse con las vocalizaciones de los mirlos; y entre aquellos chorros de luz; las tiernas flores del jardín, los trajes virginales, blancos, azules o de color de agavanzo, los sonrosados rostros y las cabelleras, negras o rubias, brillaban con un mismo resplandor de primavera.

La vieja casa, festoneada de glicinas, vibraba como una caja de música; la planta baja estaba enteramente abandonada a los recreos de los bailarines, que, atraídos por los encantos de los árboles y las plantas bañadas por el sol, invadían también la terraza.

— ¡Qué exitazo ese baile blanco! ¡La fiesta más hermosa del año!, decían todos con acento de sinceridad a la señorita Tiercín.

La cual, asediada por las felicitaciones por la instalación ingeniosa de su casa, por la belleza de sus lilas, por la excelencia de sus refrescos y por el exquisito gusto de su traje negro con bordados de oro, no sabía ya a quién oír. Acosada, rendida, fatigada de tanto sonreírse, atontada por la atmósfera embriagadora, la solterona sentía que sus ideas se volatilizaban.

— ¡Y habrá que representar la comedia!, decíase aterrada viendo que se acercaba la hora. ¡Voy a hacer un papel ridículo, estoy segura de ello! Si siquiera Germana consintiese en borrar del programa este número.

Pero más fácil tarea habría sido atrapar un gorrión al vuelo que encontrar a Germana. Llamada de un lado a otro por cincuenta diversiones distintas, atendiendo amablemente, sin hacer de ello ostentación, a que todas las muchachas invitadas tuviesen su parte de placer, y sin por esto dejar de bailar un solo baile, la joven no estaba un momento quieta, como si tuviese alas y mostrando en su semblante una expresión radiante de felicidad. El Dr. Legoux debía dirigir con ella el cotillón y la señora de Legoux, veni la expresamente de Turena, no se movía del rincón en donde se había instalado la señora Duroncier. La pobre Aurora, temerosa de turbar la intimidad de las dos madres, quedaba, por consiguiente, reducida a sus propias fuerzas, para hacer frente a la afluencia y a las obsesiones de los galantes muchachos que le pedían un baile.

— ¡Señorita, una vuelta de vals! ¡No se niegue usted; sería una inhumanidad.

— ¡Esta mazurca para mí! ¡Se lo pido de rodillas si es que así puedo entermecerla!

Y los jovercitos alegres arrojábanse a sus pies; pero en esto presentábase Marcelo Legoux, diciéndola con voz imperiosa:

— Señora de Renat, esta mazurca corresponde a Raúl de Saint-Cerán...

Y éste, a pesar de su resistencia, la enlazaba en un apretón vigoroso y la arrastraba hacia la terraza. Aurora se esforzaba por mover cadenciosamente sus piernas rígidas, pero los pies se le enredaban en la falda y perdía el compás; y cuando de pronto obser-

vó clavada en ella una mirada observadora y maliciosa, parecióle que le faltaba la respiración.

«¡El comandante! ¡A buena hora llega!», pensó al mismo tiempo que experimentaba la sensación de volverse pesada como el plomo.

Y separándose bruscamente de los brazos de su pareja, pidió a ésta que la dispensase y se dejó caer en la silla más próxima secándose la frente que tenía bañada en sudor.

— ¡Ah, juventud, juventud!, dijo Lafarede instalándose en la silla inmediata.

— ¡Sí, búrlese usted!, exclamó Aurora, con acento que daba lástima. Lo merezco. ¿Dónde se ha visto que una vieja loca como yo se entregue a la danza!

— ¿Qué hay de ridículo en ello?, replicó el comandante con aquella sangre fría que tanto la desconcertaba. Está usted en su derecho bailando en un baile blanco, ¿no es usted soltera?

La señorita Tiercín hubo de hacer un esfuerzo grande para no rechinar los dientes como si hubiese mordido un limón.

— ¡Sí, Dios mío, soy soltera!, afirmó con aire de reto. Y de ello me felicito..., porque conociendo a ciertos hombres, se aprecia mejor la suprema dicha de la independencia.

— ¡Admirable!.. Pero ¿es verdaderamente suprema la dicha de usted?.. Yo creo que sólo los hombres pueden y saben disfrutar de la libertad... La mujer ha nacido para la obediencia.

— ¡Hola! ¿Conque esto cree usted?.. ¿Y educa usted a sus hijas dentro de esos hermosos principios?

— Ciertamente, y por ello me darán algún día las gracias sus maridos.

— Deseémoslo así... ¿Y si no se casan?

El comandante buscó con mirada ansiosa los dos trajes azules que danzaban en la terraza, y luego dijo:

— Sentiría en el alma que su destino se frustrase... La causa final de las muchachas es el matrimonio y la maternidad.

— ¡Vaya una perogrullada!, exclamó la señorita Aurora en tono áspero y agitándose en su silla. Mas no siempre puede uno arreglar su vida conforme a esas hermosas máximas, y muchas se quedan solteras y aun solteronas sin propósito preconcebido, sin siquiera darse cuenta de ello, insensiblemente.

El comandante, contestando golpe por golpe, replicó un tanto mortificado:

— Las más de las veces una muchacha se queda soltera por obstinarse a esperar al príncipe, al nabab, al semidiós de las novelas de color de rosa y por desdenar, trastornada la cabeza con tales ilusiones, al pobre mortal, hombre de modesta posición o humilde subteniente que sólo puede ofrecer su amor, su valor y su esperanza en la vida...

Después, en tono más tranquilo, añadió:

— Mis hijas no son ambiciosas ni románticas, así es que espero que han de encontrar marido.

La señorita Tiercín se replegaba ante aquel ataque; pero aguijoneada por el instinto de la defensa, replicó clavando los ojos en el encaje de su abanico:

— Según usted, pues, las solteronas son las culpables. Esta suposición, sin embargo, no es justa ni piadosa, ya que muchas de ellas, sin tener exigencias absurdas, no han encontrado nunca al hombre sincero y animoso que usted describe; o si lo han encontrado, él no ha sabido hacerse comprender.

Asombrada de sus propias palabras, Aurora callóse en seco, y emocionada pensó:

«¡Cielos! ¡Qué desatinos estoy diciendo!»

Y se levantó bruscamente para interrumpir aquella esgrima peligrosa en la que corría el peligro de poner al descubierto sus puntos sensibles.

En aquel momento, el cotillón desplegaba todas sus fantasías: arcos de follaje, tirsos floridos, cayados adornados con cintas, cestas rústicas, coronas de hiedra y de primulas, comunicaban una gracia pastoril a las figuras ingeniosas combinadas por la inventiva de Germana. La farándula se desenvolvió como sinuosa guirnalda viviente al través del jardín y de la terraza, iluminados con faroles japoneses. La locura de la juventud ostentábase en toda su alegría, al ritmo de un galop, dejando a su paso ecos tristes en el día que declinaba y en los corazones envejecidos, y sembrado el suelo de flores pisoteadas y de hojas marchitas.

Después, extinguióse el último acorde; los bailarines, anhelantes, se pararon, y los criados apresuráronse a poner la mesa para la cena. La señora Duroncier, gran maestra de ceremonias, llevó al sitio en donde estaba Aurora al comandante, quien había de tener el honor de conducir al comedor a la dueña de la casa. Las dos gemelas acudían valsando, nimbadas por sus rizadas cabelleras rubias, adornadas con graciosas fruslerías, gorros de alas levantadas, escarapelas, guirnalda y cayados que les daban el aspecto de lindas pastorcitas Watteau.

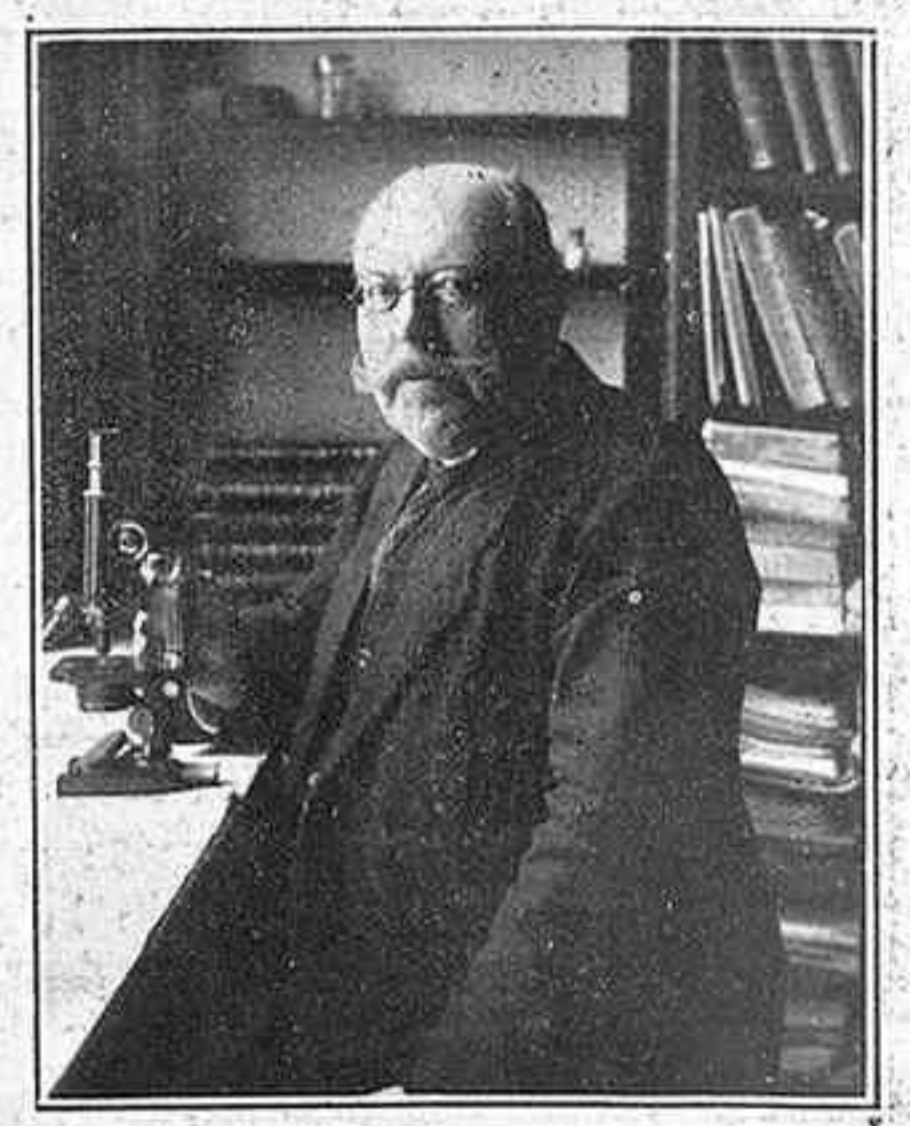
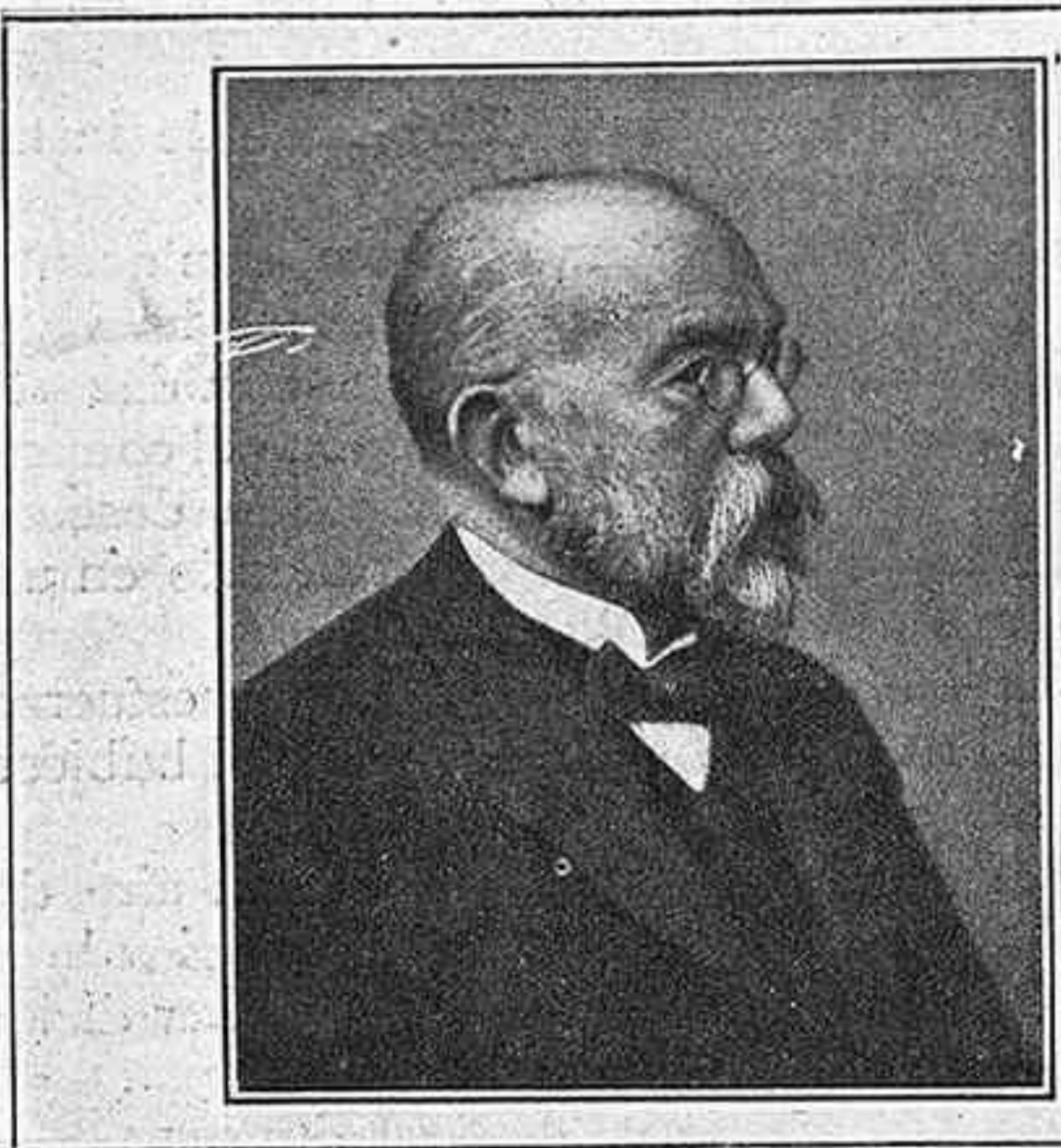
(Se continuará.)

BERLÍN. - EL REAL INSTITUTO «ROBERTO KOCH» PARA ENFERMEDADES INFECCIOSAS

Una de las instituciones más notables e importantes de la capital de Alemania es indudablemente el Instituto «Roberto Koch» para Enfermedades infecciosas, fundado en 1890 por

once auxiliares y un gran número de ayudantes, a sueldo unos y voluntarios otros. El Instituto comprende las siguientes secciones: para enfer-

El Instituto se dedica, en primer lugar, a la investigación científica de las enfermedades infecciosas, no sólo de las indígenas, sino también de las extranjeras, incluso las tropicales;



El Dr. Roberto Koch, fundador y primer director del Instituto. - Vista general del Instituto. - El profesor Dr. Löffler, actual director del Instituto

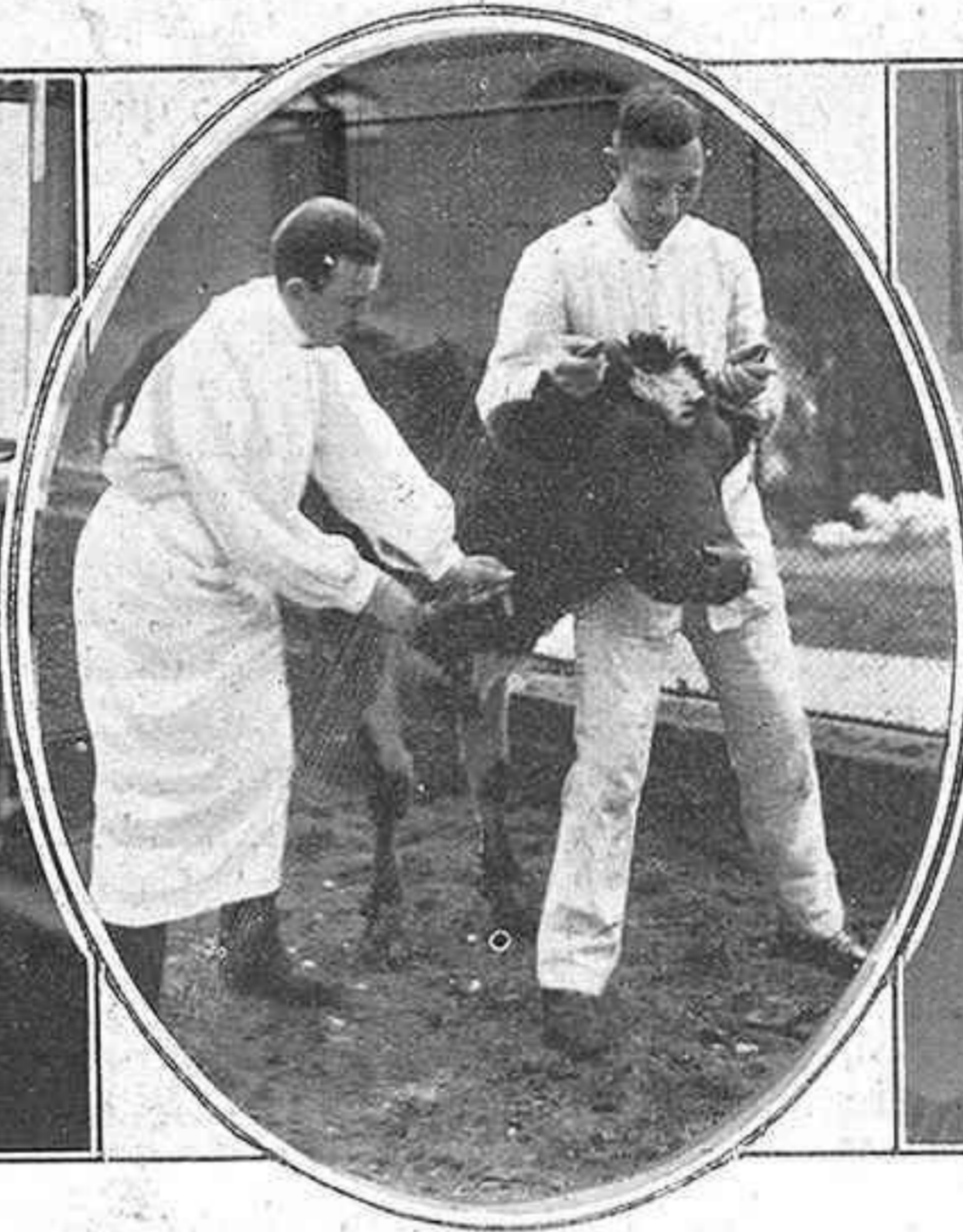
el eminente bacteriólogo cuyo nombre lleva y que fué el primer director del mismo. Compónese el Instituto de un edificio principal para los laboratorios y oficinas, otro para las secciones destinadas al

medades infecciosas, para investigaciones serológicas, para investigaciones protozoarias, para el tratamiento de la rabia, para la higiene de los trópicos, sección química y sección microfotográfica. Además se realizan en el Instituto investigacio-

y a combatir prácticamente dichas enfermedades, para lo cual se reciben en él los materiales que envían los médicos de la capital, y una vez hechos los debidos experimentos bacteriológicos sobre los mismos, se comunican a los respectivos médi-



El profesor Dr. Lockemann, director de la sección de Química



Vacunación de una ternera contra una enfermedad infecciosa

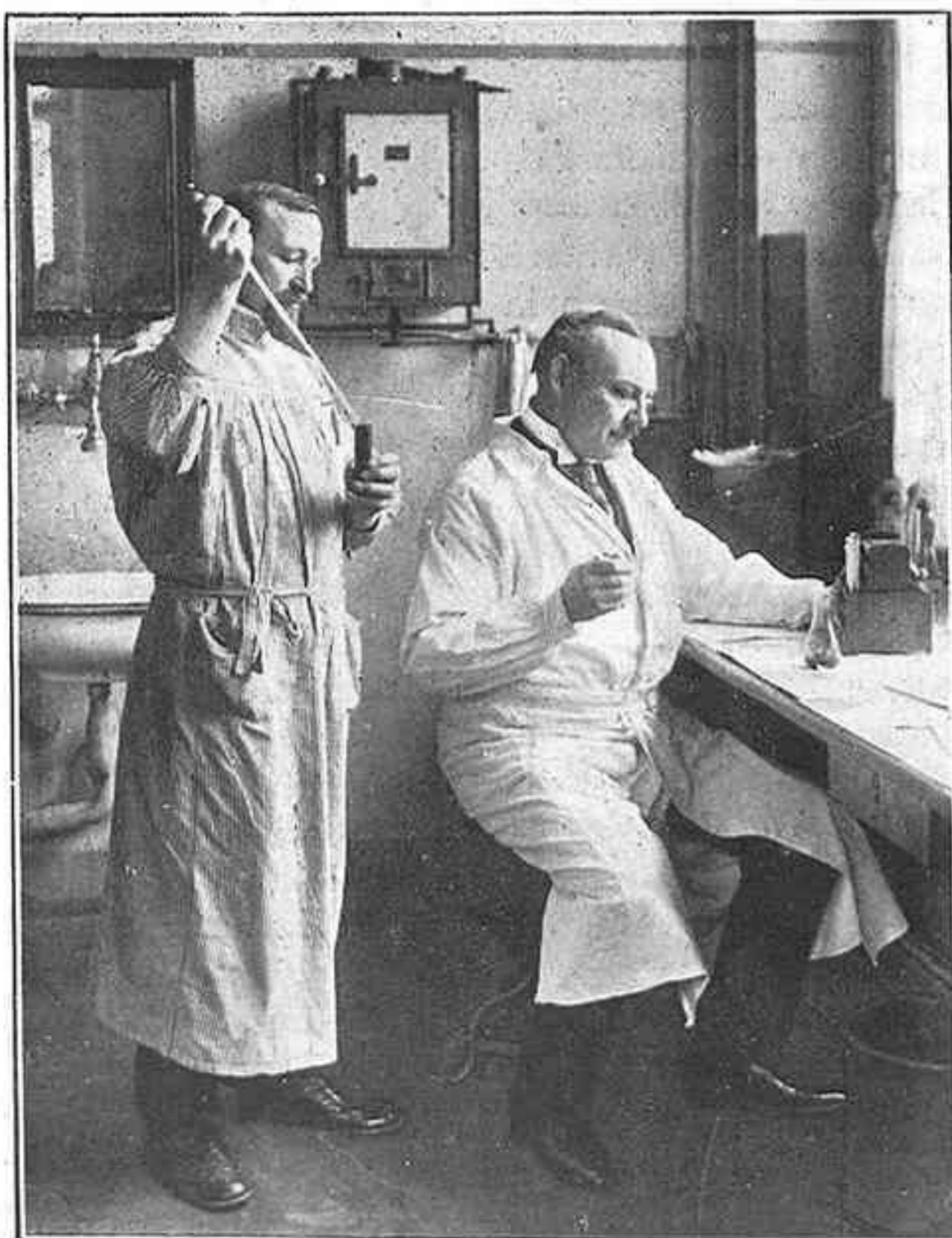


El profesor Dr. José Koch, director de la sección de investigaciones antirrábicas

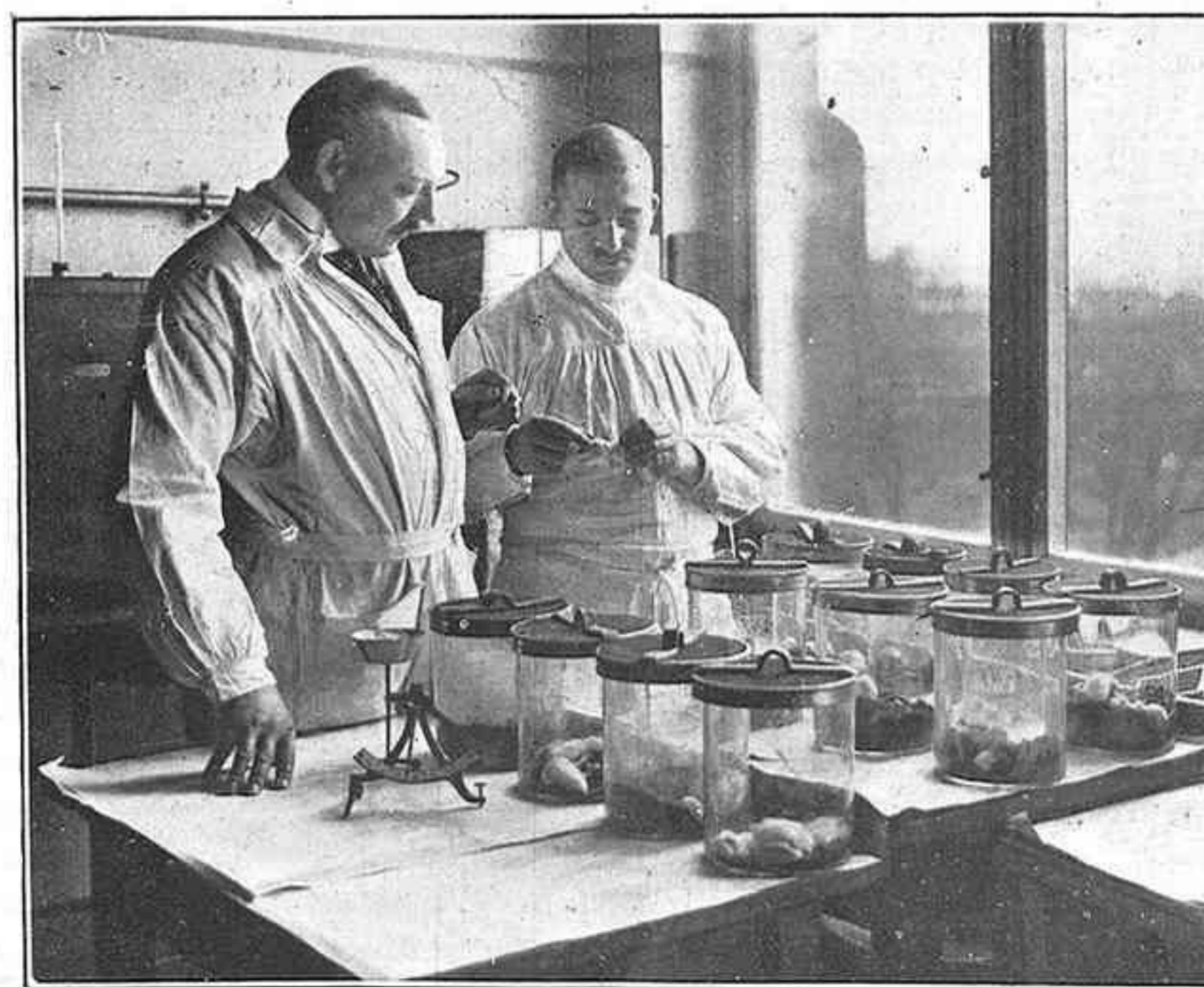
tratamiento de la rabia y para las colecciones, cinco cuadras para los animales que sirven para los experimentos, y una casa habitación para los empleados. Actualmente es director del Instituto el consejero supremo

nes sobre la tuberculosis, sobre la viruela y sobre la pneumonía contagiosa de los caballos. Los profesores afectos a estas distintas secciones son: el Dr. Schilling, que dirige el laboratorio para enfermedades tropicales; el Dr. José Koch, que dirige los trabajos antirrábicos; el Dr. Lockemann, que está al frente del laboratorio químico;

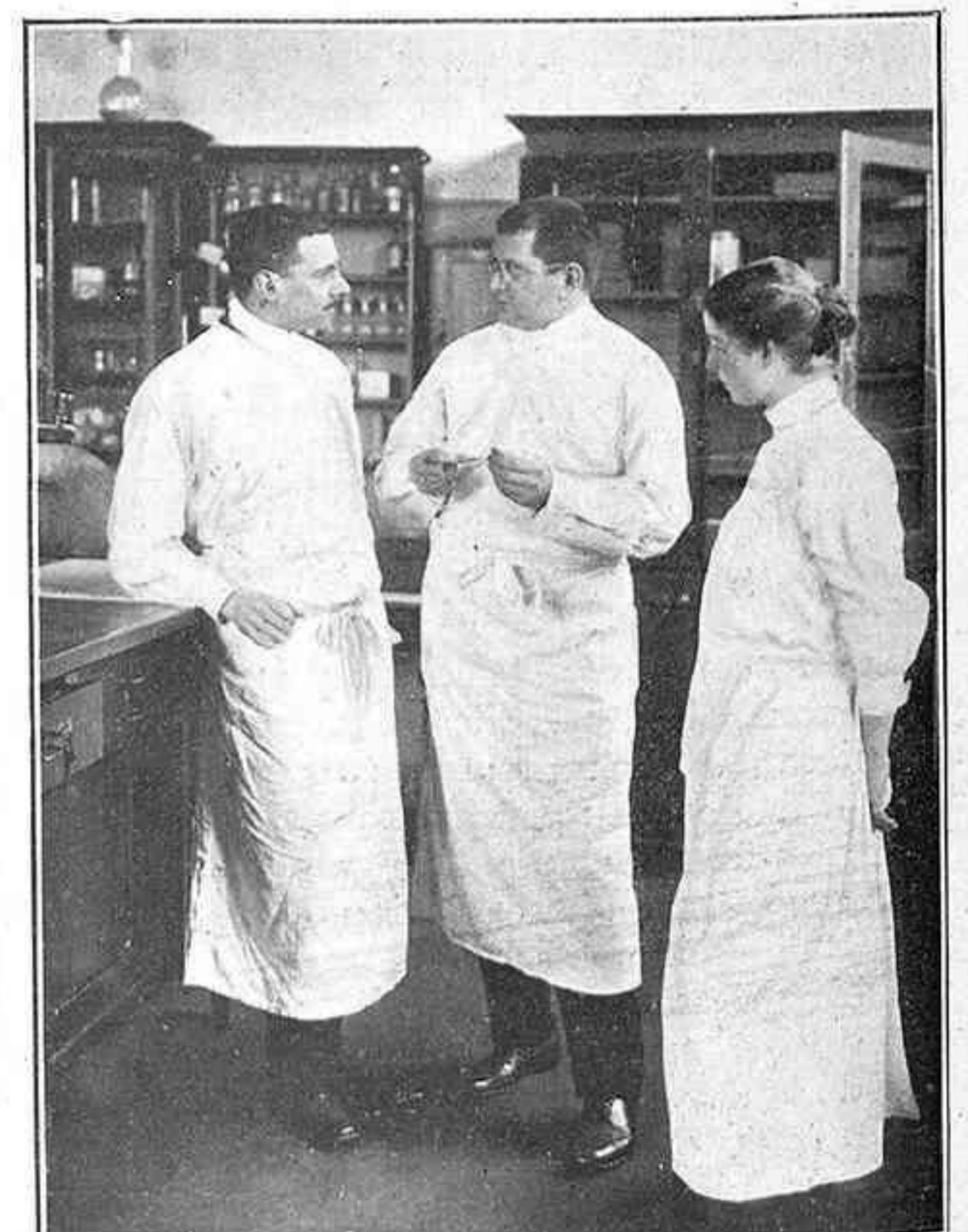
cos los resultados obtenidos. Estúdiáanse también en el Instituto todas las cuestiones de higiene pública, como desinfecciones, abastecimientos de aguas, etc. Finalmente una de las más importantes especialidades del



El profesor Dr. Otto, director de la sección de serología, procediendo a la coloración de unas preparaciones



El laboratorio del Dr. Otto con los ratones y caldos de cultivo



El profesor Dr. Schilling (el del centro), director del laboratorio de investigaciones sobre enfermedades tropicales

de Medicina, profesor Dr. Loeffler, y constituyen el personal restante tres directores de sección, tres miembros científicos,

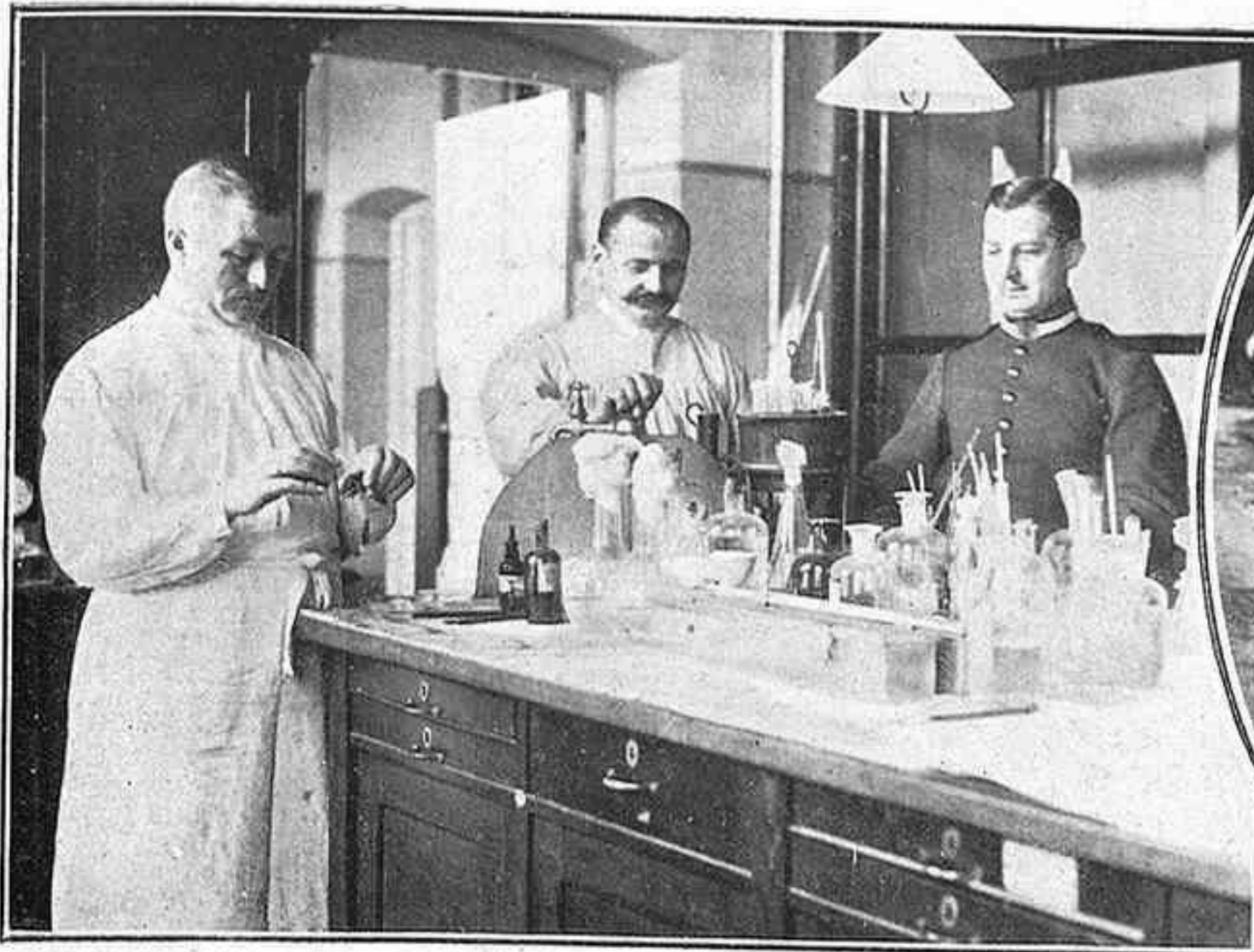
el Dr. Bierotte, que dirige la sección de tuberculosis; el doctor Otto, director de la sección de serología; el Dr. Hartmann, director de la sección de protozoarios; el Dr. Zettnon, jefe del laboratorio microfotográfico; y el Dr. Neufeld, director de la sección de epizootia.

Instituto es el tratamiento de las personas mordidas por perros rabiosos.

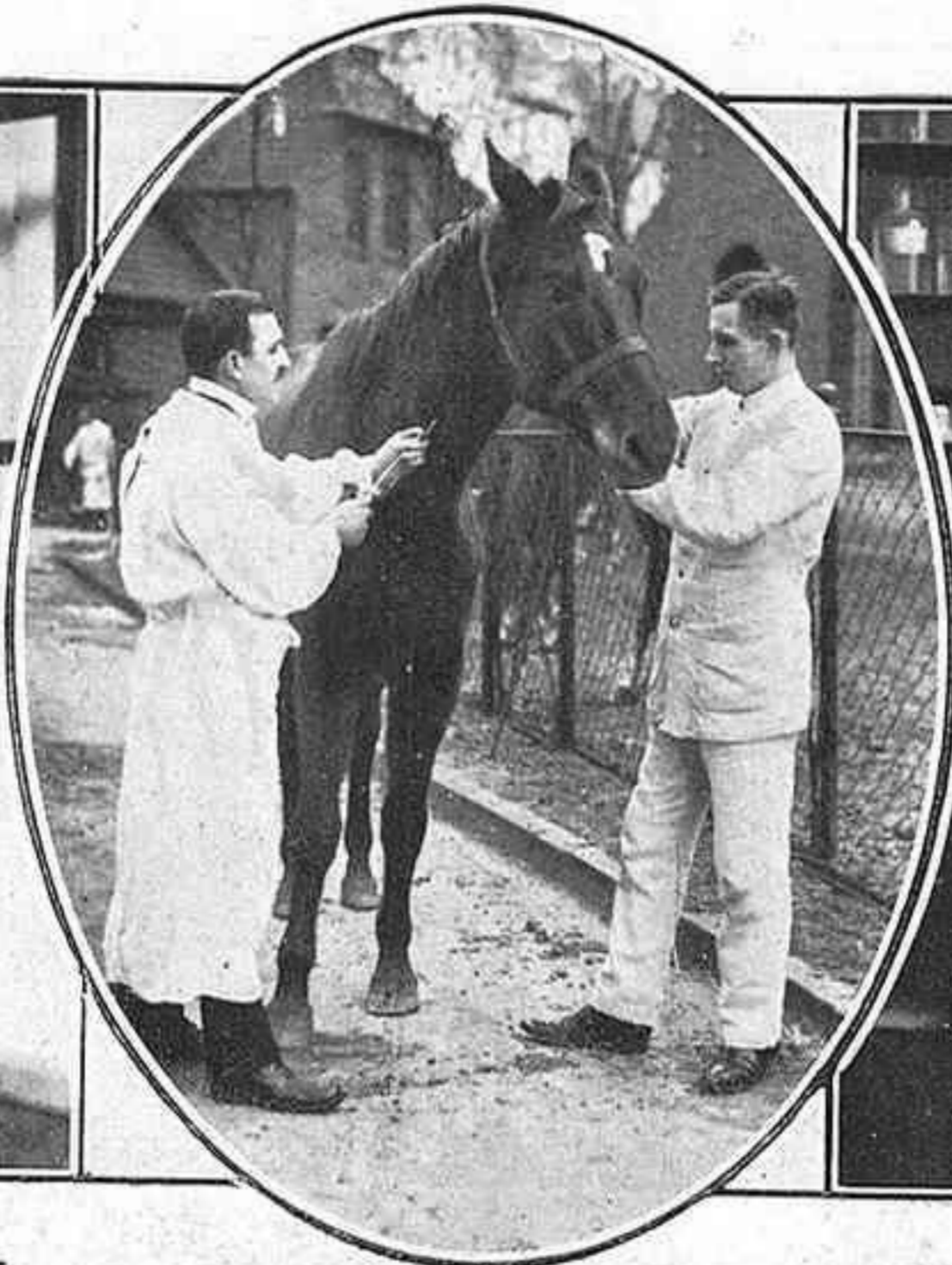
De la perfección con que estos servicios se prestan no hay que hablar, sabiendo que en Alemania se concede excepcional importancia a todo cuanto se relaciona con la higiene y con la

nes vitales del mismo, estableció el sistema de combatirla, sistema que fué aprobado por la Conferencia sanitaria interna-

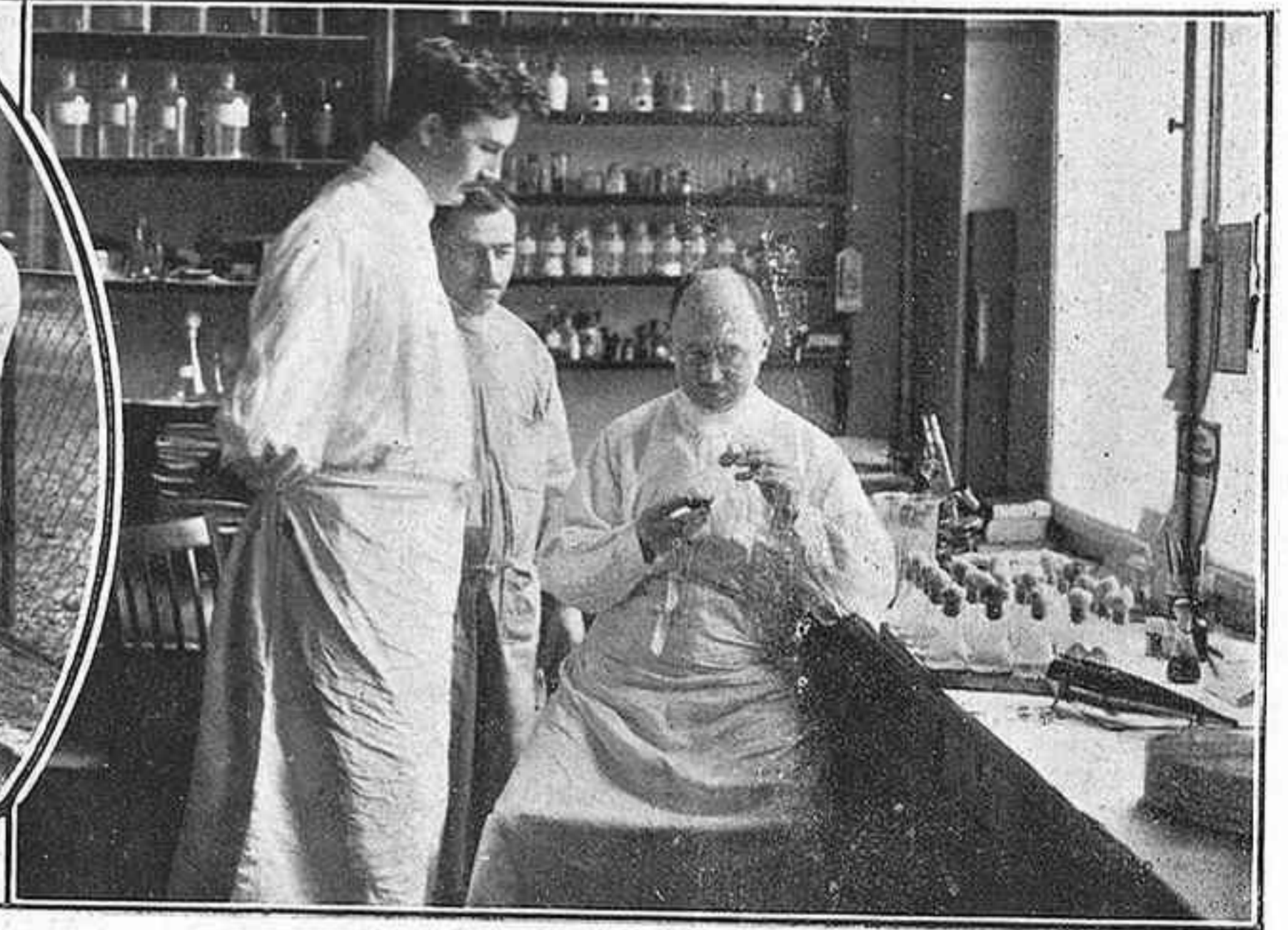
En el décimo Congreso internacional de Medicina reunido en Berlín en 1890 leyó una notabilísima memoria sobre el tratamiento de la tuberculosis por la tuberculina, de la que se



Sección de investigaciones concernientes a las enfermedades del pecho; laboratorio del Dr. Loeffler



Extracción de la sangre de un caballo para la preparación del suero



El Dr. Bierotte, médico militar, director de la sección de investigaciones sobre la tuberculosis

medicina en sus más diversas manifestaciones, así en la esfera especulativa como en la práctica, y el interés con que estos asuntos se miran allí no sólo por el gobierno y por los sabios, sino por todas las clases sociales, desde las más elevadas a las más humildes.

El fundador del Instituto, el eminente bacteriólogo Roberto Koch, fundador de la bacteriología moderna y de los procedimientos científicos para combatir las enfermedades infecciosas, nació en Klausthal el 11 de diciembre de 1843 y falleció en Baden Baden el 27 de mayo de 1909. Después de haber estudiado medicina en Gotinga y servido de ayudante en el hospital general de Hamburgo, ejerció su profesión en Hannover, en Langenhaven y en otras ciudades hasta que, nombrado en 1880 miembro de la Real Comisión de Higiene, hubo de trasladarse a Berlín.

Ya en aquel período de su vida demostró especial afición a las investigaciones bacteriológicas, realizando notables experimentos sobre la septicemia que llamaron la atención del ilustre Lister, quien hizo traducir los trabajos de Koch al inglés. En 1882 descubrió el bacilo de la tuberculosis que lleva su nombre, descubrimiento que le conquistó fama imperecedera, y dos años después, estando al frente de la comisión alemana para el estudio del cólera en las Indias y en Egipto, descubrió el bacilo de aque-

cional reunida en Dresde. El gobierno alemán le otorgó por este último descubrimiento una dotación de 100.000 marcos (125.000 pesetas). En 1885 fué nombrado profesor de Higiene

desprendía el hallazgo del remedio específico contra aquella enfermedad.

Su trabajo llamó extraordinariamente la atención de los sabios eminentes en aquel Congreso reunidos; y aunque la experiencia no ha confirmado desgraciadamente las esperanzas que entonces hicieron concebir las afirmaciones de Koch, no puede negarse que el descubrimiento de la tuberculina ha prestado grandes y positivos servicios a la ciencia.

En 1896, por encargo del gobierno del Cabo, marchó al Africa del Sur, en donde estudió la peste bovina y descubrió el medio de combatirla.

Después estudió en Bombay la peste bubónica y en el Africa Oriental alemana la peste caballar, y comenzó sus investigaciones sobre la malaria, que prosiguió luego en Italia y en una larga expedición que lo llevó hasta las Indias holandesas y hasta Nueva Guinea.

Al regresar de aquella expedición dedicóse a estudiar la forma de propagación del tífus, y en el año 1903 volvió al Africa del Sur, comisionado por el gobierno inglés, para hacer investigaciones sobre la enfermedad de la raza bovina conocida vulgarmente con el nombre de peste de las costas.

En 1905 le fué adjudicado al Dr. Roberto Koch el premio Nobel.

(Fotografías remitidas por Carlos Trampus.)



Jaulas que contienen los animales sometidos a experimentos

CANTARES POPULARES Y LITERARIOS

RECOPILADOS POR D. MELCHOR DE PALAU

Un tomo de 374 págs., 5 pesetas para los subscriptores á esta ILUSTRACIÓN

AVISO Á LAS SEÑORAS

EL ANIOL DE LOS REYES

JORET HOMOLLE

CURA

LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS

F^{ca} G. SÉGUIN - PARIS

165, Rue St-Honoré, 165

TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

HISTORIA GENERAL DEL ARTE

Arquitectura, Pintura, Escultura, Mobiliario, Cerámica, Metalisteria, Glíptica, Indumentaria, Tejidos

Esta obra, cuya edición es una de las más lujosas de cuantas ha publicado nuestra casa editorial, se recomienda á todos los amantes de las Bellas Artes y de las Artes suntuarias, tanto por su interesante texto, cuanto por su esmeradísima ilustración. - Se vende en 8 tomos lujosamente encuadernados al precio de 400 pesetas.

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

Date de 1849

Paris

PUREZA DEL CUTIS

- LAIT ANTÉPHELIQUE -

LA LECHE ANTEFÉLICA

ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOSES EFLORESCENCIAS ROJECES.

Prepara y conserva el cutis limpio y terso

Casa CANDES

8, St-Denis, 16

PARA CURAR SIN MOLESTIA CALLOS Y DUREZAS CALICIDA ESCRIVA

ES EL

UNICO REMEDIO DE ÉXITO SEGURO

ENFERMEDADES

URINARIAS, DIABETES, ALBUMINURIA, RINONES, VEJIGA, MATRIZ, OVARIOS, MALES SECRETOS, IMPOTENCIA, TOS, BRONQUITIS, HEMORROIDES.

Si padecéis una de esas enfermedades, pedid inmediatamente, indicando vuestra enfermedad, al Dr. Damman, rue Trône, 76, Bruselas, (Bélgica), o a la farmacia de J. Segalá, Rambla de las Flores, 4, Barcelona, uno de los folletos número 29, y tendréis el medio de curaros en seguida completamente mediante nuevos extractos de plantas, aunque vuestra enfermedad sea antigua y calificada de incurable.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILIVORE. DUSSEY, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

MADRID. - LA FIESTA DEL SAINETE. (Fotografías de nuestro reportero J. Vidal.)



María Guerrero, Fernando Díaz de Mendoza y demás actores del Teatro de la Princesa que representaron *Las cartas de la monja*, obra de Marquina.

Con la brillantez de todos los años se ha celebrado en el Teatro de Apolo, de Madrid, la tradicional Fiesta del Sainete, a beneficio de la Asociación de la Prensa. La sala, engalanada con magníficos mantones de Manila y gran profusión de flores, ofrecía un aspecto brillantísimo y hallábase totalmente ocupada por la más selecta concurrencia, habiendo honrado el acto con su asistencia Sus Altezas las infantas D.^{as} Isabel y D.^a Paz y la princesa D.^a Pilar de Baviera, que fueron recibidas por la Comisión de la Junta de la Asociación de la Prensa.

En el vestíbulo, adornado con grupos de plantas y flores, lindas señoritas ataviadas con típicos trajes regionales obsequiaban a las señoras con ramos de flores.

Comenzó la función con la representación del nuevo sainete en dos actos, de Martínez Sierra, *La mujer del héroe*, a la que precedió la lectura por el autor de unas cuartillas a modo de prólogo en las que manifestó aquél sus acendradas simpatías por la acción feminista y esbozó el asunto y la moraleja de su obra. «La protagonista del sainete, ha escrito un notable crítico, valiente mujer de su tiempo y de su raza, no sabe, porque nadie se lo ha dicho, que exista feminismo en el mundo, pero es feminista de acción porque, sin conocer el problema, le ha dado la única solución que tiene, con el hecho sencillísimo y naturalísimo de ganarse la vida por sí misma, merced a lo cual no necesita del hombre más que como florecimiento sentimental, como canción y aroma de su vida. Esta heroína afirma y establece su derecho valerosamente y cede de él... porque está enamorada. La solución es optimista; una vez más triunfa de la justicia el amor.»

En la ejecución de *La mujer del héroe* se distinguieron las señoras Bárcena, Alba (Leocadia) y Moneró, y los señores Peña, Mora, Tordesillas y demás artistas del Teatro Lara.



Tiples de todos los teatros de Madrid que tomaron parte en la farándula

poesía y que por su hermosa forma corresponde a la grandeza del asunto y a la fama literaria de su autor.

María Guerrero interpretó de una manera admirable su papel y dijo magistralmente los bellísimos versos de Marquina. Fernando Díaz de Mendoza rayó también a gran altura en el suyo y muy acertados estuvieron igualmente los demás artistas de la Princesa.

Representóse luego *Café so'o*, juguete cómico en un acto de los señores Arniches y Abati, que hizo reír al público y que fué muy bien interpretado por la compañía del Teatro de la Comedia, distinguiéndose especialmente las señoritas Pérez de Vargas, Carbone y Villa, la señora Alba (Irene) y los señores Bonafé, Asquerino, Zorrilla y Romea.

La señorita Suárez, la señora Sánchez Ariño y el Sr. Santiago, del Teatro Español, representaron un entremés de los Sres. Muñoz Seca y Pérez Fernández, titulado *El milagro del Santo*.

El tenor Sr. Fontecha cantó con hermosa voz y excelente escuela una bellísima canción de Usandizaga; el Sr. Alonso cantó con mucha gracia algunas jotas; y terminó la función con una farándula del maestro Barrera, *Las chulas de Madrid*, cantada por todas las tiples de los teatros madrileños.

Los artistas del Teatro Lara que representaron *La mujer del héroe*, sainete en dos actos de Martínez Sierra (x).

La compañía del Teatro de la Princesa estrenó *Las cartas de la monja*, obra en un acto y en verso de Eduardo Marquina, segunda parte de la trilogía *Teresa de Jesús*, reconstitución anecdótica en la que el poeta va glosando los principales episodios de la vida de la ilustre doctora de Avila. En *Las cartas de la monja* se recuerda cómo, gracias a la eficaz y decidida intervención de la monja carmelita auxiliada por Fray Jerónimo Gracián y el conde de Tendilla, pudo Juan de la Cruz escapar a los rigores de una persecución inquisitorial. Es un cuadro de bella y serena emoción, de elevada

FUMISTERIA CAÑAMERAS
Fundada en 1850

COCINAS MODERNAS
GRAN VARIEDAD DE MODELOS
TERMO-SIFONES PARA BAÑOS
ASADORES AUTOMÁTICOS
TOSTADORES, CALORÍFEROS Y
CALEFACCIÓN POR AGUA Y VAPOR
PRENSAS, BANCOS,
MESAS Y SILLAS

Fábrica despacho: SICILIA, 141 y 143
Teléfono 1940
Depósito: HOSPITAL, 87. Teléfono, 2120
BARCELONA

Sucursal: ESPOZ Y MINA, 15. - MADRID
Teléfono, 3317

Catálogos, proyectos y presupuestos gratis

ZÜRICH **GRAN HOTEL VICTORIA**
Bahnhofsplatz
Casa de primer orden para familias. - Restaurant.
Prop. A. Kummer-Wenger.

HIPOFOSFITOS SALUD

COMBATE
ANEMIA
ESCROFULISMO
NEURASTENIA
INAPETENCIA

ANEMIA DEBILIDAD Curadas por el Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
El más activo y económico, el único inalterable. - Exigir el Verdadero. 14, R. Beaux-Arts. París.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN